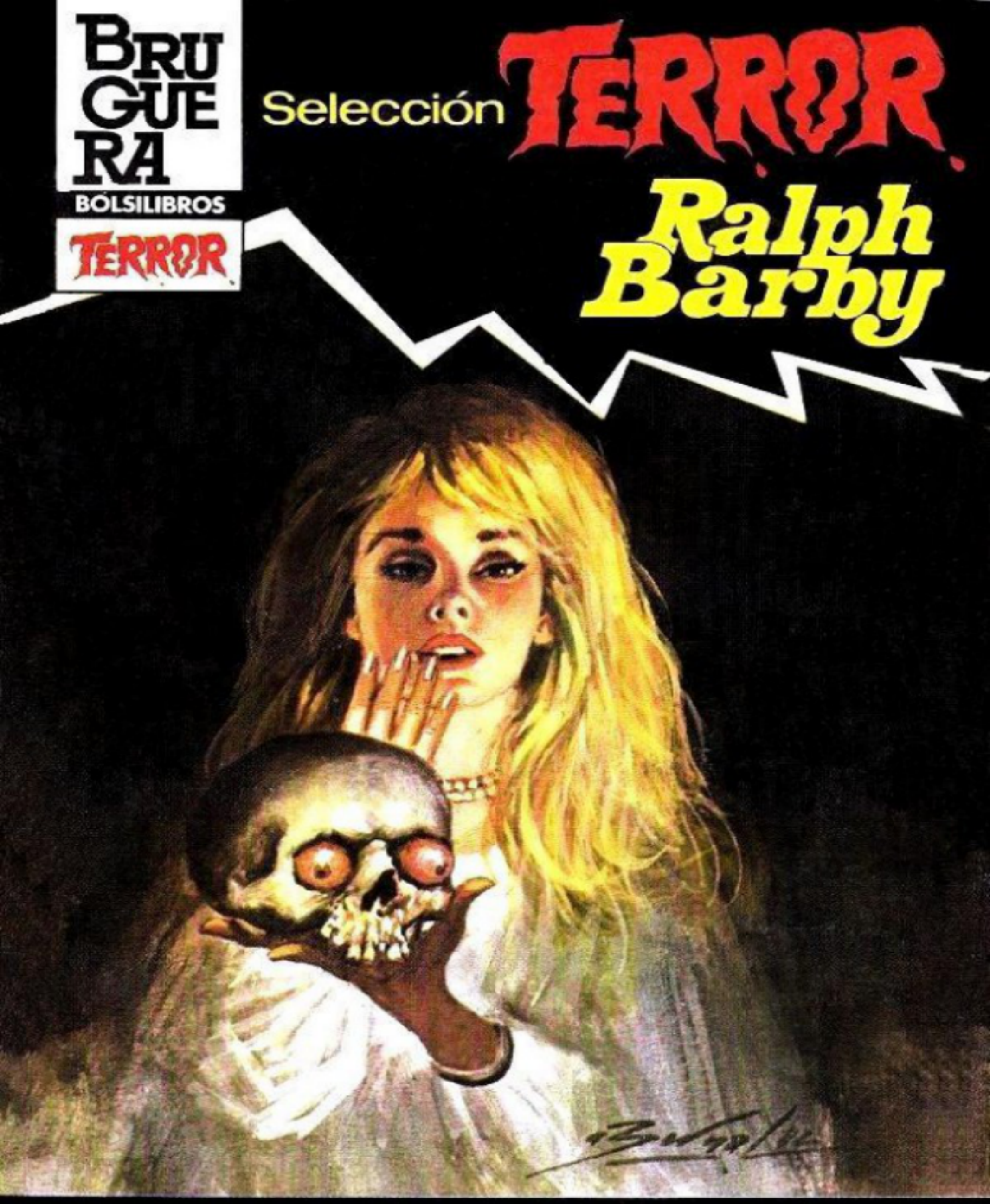
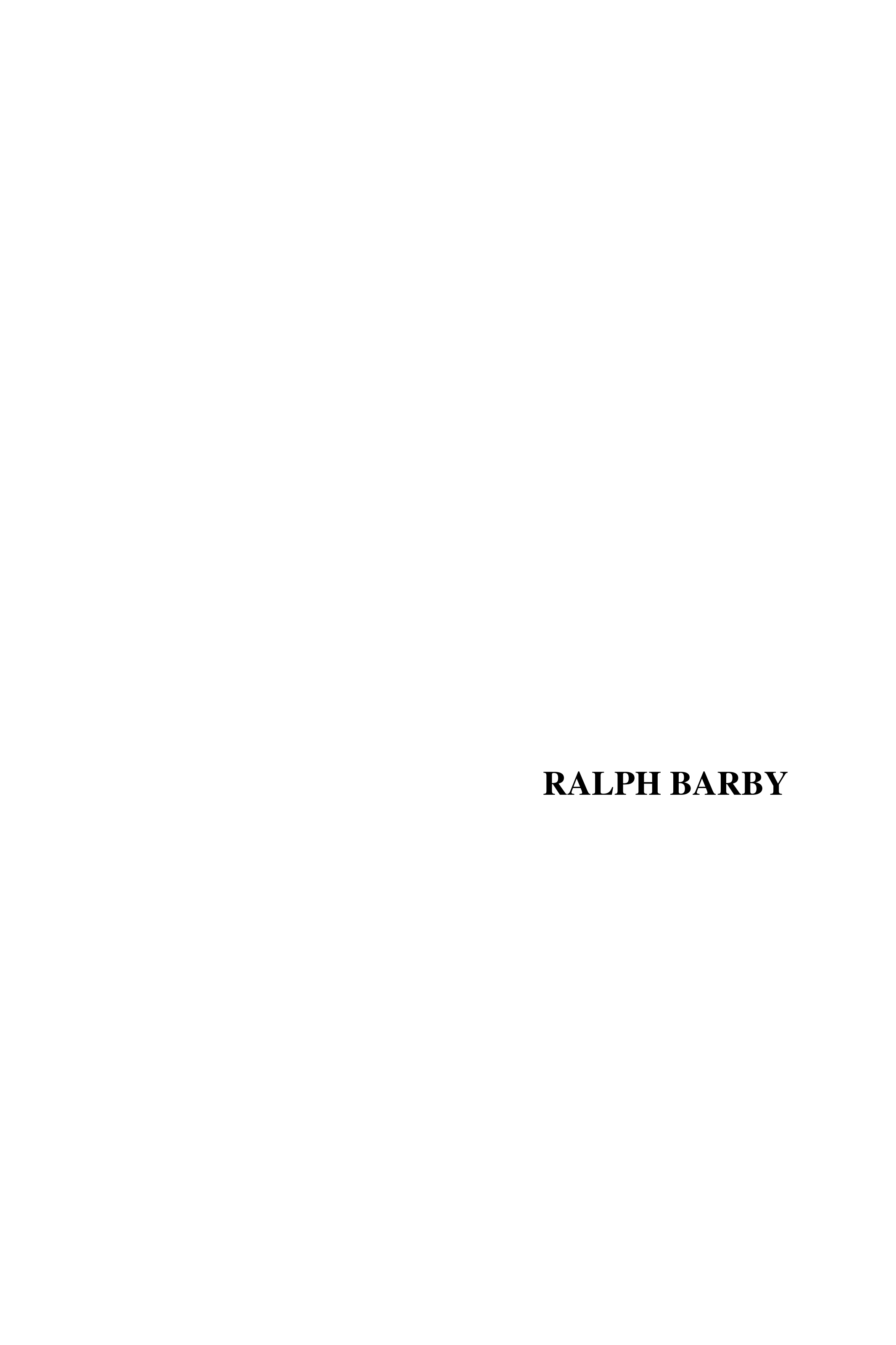

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ralph Barby
LA CALAVERA INVOCADA


SELEC
TER

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

519 — Brindo por ti, muerte — *Ada Coretti*

520 — Simposium de horror — *Adam Surray*
521 — Terapia de shock — *Frank Caudett*
522 — El templo de Satán — *Burton Hare*
523 — La muerte anda sola — *Ada Coretti*



RALPH BARBY

LA CALAVERA

INVOCADA

Colección
SELECCIÓN TERROR N° 524
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO
ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 1402 — 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1983
2º edición en América: setiembre, 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela así como las situaciones de la misma son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona — 1983

CAPÍTULO PRIMERO

—Spencer!

—¿Qué pasa, Hut?

—¡Tráeme la calavera!

—¿Dónde está? —respondió a gritos.

Spencer parecía sumido en lo más recóndito de los camerinos y estancias, repletas de muebles polvorientos y decorados arrinconados, con infinitos colgajos de telarañas.

—¿Y yo qué sé? Búscala y no jodas más.

Spencer lanzó una maldición en forma de gruñido prolongado y dio dos vueltas sobre sí mismo como tratando de orientarse, sin saber cómo conseguirlo.

Se encontró de pronto frente a una figura de las que se utilizaban para colocar en rincones del escenario o detrás de las supuestas ventanas, para ofrecer a los espectadores la impresión de que había alguien agazapado.

Aquel maniquí le produjo un pequeño sobresalto.

El fabricante debía haberlo hecho con desgana, habría surgido de entre sus manos un día aciago, un día de lluvia sucia, un día de humos que se pegaban a la garganta.

Tenía la boca torcida, como despintada en las comisuras, como si un obseso de la timidez lo hubiera estado besando a escondidas.

Aquel maniquí era de mujer, pero se le vestía de hombre y se le colocaba chistera y barba si el libreto lo requería. ¿Qué más daba?

Lo importante era disponer de un maniquí, pero, ¡qué maniquí más feo, más agrio! Sí, sonaba raro tildar de agrio a un maniquí, pero era como si hubiera sufrido los bamboleos de una borrachera y al paso de las horas su rostro se hubiese agriado paulatinamente.

—¡Spencer!

—¡Vete a hacer puñetas!

El gruñido lo lanzó ahora Hut.

Spencer era el cuidador del teatro. No tenía edad, hacía tiempo que pululaba por las bambalinas, por los corredores, por los sótanos, por debajo de las tablas del viejo teatro shakesperiano, un teatro de escenario grande, muy grande, suficientemente grande como para

poder interpretar las épicas tragedias de «Willy».

Buscó entre las cajas y luego se apartó de aquel montón informe de muebles repletos de mugre. La humedad originaba unos mohos verdinegros que crecían en las telas abandonadas, en los muebles que se pudrían.

Avanzó por el corredor mal iluminado.

A derecha e izquierda se abrían puertas maltrechas por millares de portazos, portazos de rabia, de alegría, patadas de envidias reconcentradas y mal disimuladas.

—Ahí está...

La vio en uno de los camerinos, iluminada por la bombilla que colgaba del techo.

La calavera se hallaba sobre el tocador repleto de botes, pinturas, lápices y pinceles. Más parecía el obrador de un pintor renacentista que el tocador de un actor de teatro.

Avanzó hacia ella pero se detuvo bruscamente.

Fue una impresión extraña, algo que se siente y que no ha sido captado por ninguno de los cinco sentidos. Podía ser recelo, miedos ocultos.

¿Era acaso normal mirar con naturalidad una calavera humana en el camerino mal iluminado de un viejo teatro que semejaba vacío, un teatro donde cada paso hallaba ecos, ecos que se perdían a lo lejos y se fundían con los chillidos de las ratas que buscaban los bocadillos olvidados, roídos, mal comidos? ¿O quizás eran ratas cultas que vivían para la obra shakesperiana?

«Eres un idiota. Spencer», se dijo, riéndose de sí mismo.

No había mejor antídoto para ahuyentar el miedo que reírse de uno mismo, siempre que la risa no se helara en la boca.

Las cuencas de los ojos de la calavera parecían mirarle. Por un instante tuvo la impresión de que brillaban unos puntitos rojos en el fondo de aquellas cuencas vacías.

Escuchó su nombre lejano, Hut volvía a llamarle. El mismísimo y torturado Hamlet le reclamaba...

Spencer, de estatura mediana y cabellos lisos gris ceniza, tomó la calavera casi de un zarpazo. Era la violencia física tratando de vencer a lo desconocido.

Con ella en la mano, salió del camerino.

De súbito, tuvo la impresión de que pesaba, pesaba como si la hubiesen llenado de plomo.

Fue tal el peso que, incapaz de sostenerla, comenzó a inclinarse hacia adelante para evitar que cayera al suelo y pudiera romperse.

Spencer no se detuvo a pensar, se fue al suelo tratando de evitar que la calavera se rompiera.

En su mente parecía bullir la idea fija de que aquella calavera era muy frágil y en la caída podía romperse. Si se partía, iba a tener problemas, y no se entretuvo en pensar que con cualquier pegamento sintético podría recomponerla en pocos minutos. Aquellos instantes no eran para razonar, eran para actuar y evitar que se le fuera de las manos, rompiéndose contra el pavimento que en aquel lugar era de cemento.

Ante su sorpresa, la calavera había adquirido un peso tan grande que se pegó al suelo y fue incapaz de levantarla.

—Por todos los diablos, ¿qué es esto? —se preguntó, abriendo los ojos asustado—. ¿Será una broma?

Como si la hubieran soldado al suelo, fue incapaz de moverla.

De pronto, como poseyendo vida propia, la calavera abrió la mandíbula y le cogió las falanges de los dedos índice y corazón de la diestra.

El alarido que lanzó Spencer fue aterrador, pudo oírse en todo el teatro.

Halló mil ecos, lo mismo en el escenario, el patio de butacas o los sótanos.

Fue alarmante e hizo que Hut, Melody, Benson, Walter y Warren acudieran adonde se hallaba Spencer.

Spencer se revolcaba sobre sí mismo presa de violentísimos espasmos descontrolados.

Babeaba, tenía los ojos casi fuera de sus órbitas y salpicaba sangre en derredor. Había sangre en el suelo, las paredes e incluso el techo mientras la calavera permanecía quieta en el suelo. No se movía, pero tenía los dientes ensangrentados.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó Melody, volviendo el rostro para no ver.

—Vamos, Benson, Warren, ayudadme, hay que sujetarlo o se va a matar dándose cabezazos.

Consiguieron sujetarle y colocarle una funda de puñal entre los dientes, evitando así que él mismo se cortara la lengua.

—Le faltan dos dedos —gruñó Hut.

—Hay que encontrarlos —opinó Benson—, En las clínicas hacen maravillas y pueden volver a cosérselos.

—Benson, tú y yo vamos a llevarlo a «urgencias», iremos más rápidos en mi coche que si esperamos una ambulancia. Melody, Warren, buscad los dedos y en cuanto los encontréis, llevadlos al hospital, no hay tiempo que perder.

Liaron un pañuelo en los dedos cercenados para evitar que perdiera más sangre.

Se llevaron a Spencer, ya más controlado pero todavía fuera de sí.

Warren, que en la obra de Hamlet interpretaba el papel del hermano asesino, miró a Melody que no disimulaba su preocupación.

—¿Dónde estarán los dedos? —gruñó.

—Yo no quiero saber nada...

—No los veo por parte alguna.

Melody pensó en alejarse, pero de pronto cobró conciencia de que aquel teatro era tan grande como viejo y, vado, casi sin luces, adquiría un aspecto lúgubre.

—Recogeré la calavera.

La joven levantó con sus manos la calavera que tenía la dentadura ensangrentada, pues, sorprendentemente, conservaba toda la dentadura. Quizás fueran piezas artificiales, colocadas allí por algún artesano.

Al alzar la calavera descubrió lo que había debajo, o sería más exacto decir, dentro de ella, pues bajo el maxilar estaba el hueco correspondiente y allí quedaron los dedos cortados.

El grito de Melody fue fuerte también, sólo que más agudo.

—¡Los dedos! —señaló Warren, el viejo actor que estaba más para los ensayos de cuantos practicaban que realmente para aparecer en el escenario frente al público; era una especie de sparring de los actores.

—¡Los ha mordido ella! —gritó Melody.

Dejó caer al suelo la calavera que rebotó macabramente y quedó

a los pies de Warren. Este tragó saliva despacio y preguntó incrédulo:

—No tratarás de decir que ha sido ella la que ha mordido los dedos de Spencer, ¿verdad?

—Los tenía en la boca. Yo me voy, yo me voy.

—Espera. Pongamos los dedos en un pañuelo y llévalos en seguida al hospital, tú correrás más que yo.

Vestida de Ofelia, tomó los dedos cortados envueltos en un pañuelo y abandonó el oscuro teatro casi a la carrera.

Lloviznaba. El suelo se había charolado y estaba resbaladizo por la grasa del aire que la lluvia había esparcido.

—¡Taxi, taxi!

Un taxi se detuvo y el conductor la miró con recelo. Melody llevaba la corona de flores en su cabeza y vestida con la túnica blanca ofrecía un aspecto que en nada se parecía al resto de las mujeres que podían deambular por las calles de un Londres nocturno, frío y levemente lluvioso.

—¿Ocurre algo?

—¡Al hospital, rápido!

El hombre observó el pañuelo y preguntó:

—¿Se ha hecho daño?

—Es que llevo aquí los dedos de mi compañero...

—¿Los dedos, dice?

—Sí. Vamos, aprisa; si hubiera tenido hielo... En fin, corra, a ver si se los pueden coser.

—Ah, entiendo —suspiró—. Un accidente.

—Sí, eso es, un accidente. ¡Rápido!

CAPÍTULO II

—Se hizo lo que se pudo —dijo Hut antes de llevarse a los labios el vaso de cerveza negra.

—Pero, ¿cómo pudo morir? —se preguntó Melody en voz alta.

En torno a la mesa había un grupo de jóvenes aficionados al teatro. Todos ellos aspiraban a ser un Laurence Olivier de la escena británica.

Eran jóvenes que tenían dificultades no sólo para abrirse paso en el teatro sino para subsistir. Varios de ellos apenas podían pagarse unos sándwiches al día, pero había compañerismo y cuando no era uno el que tenía unas libras era otro y así, el grupo sobrevivía.

—Parece que su corazón no resistió.

—Y tú, con los dedos en la mano —se burló Hamilton.

—No me lo recuerdes.

—Si hubiera sobrevivido, se los hubieran vuelto a unir, dijeron que se habrían salvado, pero...

Ante el comentario de Hut, Luke Hamilton preguntó:

—¿De veras le arrancó los dedos la calavera?

Melody puntualizó:

—Estaban dentro de su boca.

—¿Los mordió? —insistió Hamilton.

Hut quiso puntualizar:

—Spencer tuvo un ataque epiléptico, por lo visto era epiléptico y no lo sabíamos. Se cayó al suelo cuando llevaba la calavera en las manos. En la caída debió meter los dedos dentro de la boca de la calavera y con el golpe de la caída se cortaron.

—Como una guillotina —opinó Melody.

—Yo os puedo decir algo —dijo Luke Hamilton en tono confidencial.

Todos miraron interrogantes a aquel joven delgado, de ojos soñadores y ensortijado cabello rubio. Luke Hamilton tenía un aspecto de doncel ingenuo y a la vez enfermizo.

Iba mejor para las obras teatrales donde el personaje se adecuaba a sus cualidades físicas y él mismo admitía que en

ocasiones había suplido a chicas en determinadas escenas, vistiéndose con las ropas de ellas sin que el público llegara a notar el cambio.

—¿Qué es lo que sabes? —insistió Benson.

—En el teatro *The Street*, alguien hace brujería y satanismo.

Charlton, que era el miembro del grupo más alto y corpulento y que en aquel momento estaba sorbiendo un refresco, se echó a reír de tal forma que su boca se convirtió en un surtidor de bebida de cola con el que bañó a Luke Hamilton.

—¡Bestia, mamut!

—¿Y por qué no le llamas ballena? —sugirió Melody—. Estaría más de acuerdo con los surtidores.

Luke Hamilton, que vestía un jersey de color beige, se miró a sí mismo con cara de lástima.

—Es que me ha dado la risa... Brujería y satanismo, jo, jo... ¿De veras se hace eso en *The Street*?

—Eres un pedazo de carne con ojos —le insultó Luke Hamilton sin atreverse a decirle algo más fuerte porque en una anterior ocasión (de ello hacía más de un año) Charlton le había dado un puñetazo que le dejó durmiendo durante cinco minutos, dolorido y casi sin poder comer durante un par de semanas. Y no tenía ningún deseo de que la experiencia se repitiera.

—Sí, ahora tendremos hasta un fantasma de la ópera —bromeó Charlton.

Hut, más grave y seguro de sí mismo, preguntó:

—¿En qué te basas para decir eso?

—En que encontré un cabo de vela grueso y rojo con dos agujas clavadas que nada tenían de vulgares. Eran agujas negras con cabeza en forma de cuernecillos, ya me comprendéis.

—¿Y qué sabes tú de todo eso, Luke? —preguntó Melody, interesada,

—En una ocasión estuve en un tenducho que vendía cosas de ésas para ceremonias satánicas.

—Oye, ¿no entrarías en un sex-shop? —rezongó Charlton.

—Sí, para comprarme unas bragas de castidad —replicó Luke, molesto.

—¿Y qué fuiste a comprar a esa tienda de la que hablas? —preguntó Benson, Tenia el defecto de morderse las uñas y lo hacía tanto que irritaba a Melody que evitaba mirarle. Benson tenía las uñas prácticamente descarnadas.

—Fui en una ocasión, acompañando a alguien.

—A su hermana, que es una bruja.

—¡Charlton, deja en paz a mi hermana!

—¿Por qué, si es pública? Una vez pagué quince libras por pasar la noche con ella.

De pronto, ante la sorpresa de todos por la rapidez con que ocurrió, Luke Hamilton desenfundó una navaja automática.

La hoja de acero apuntó al cuerpo de Charlton que miró el arma con miedo, pues el rostro del jovencísimo, delicado y rubio Luke Hamilton estaba muy crispado.

—Estoy harto de tus puyas, Charlton. Algún día te voy a pinchar y te vas a desinflar para siempre.

—Vamos, Luke, deja eso —pidió Hut con autoridad.

—Vosotros lo habéis oído. Me está provocando, primero me ha dejado el jersey hecho una mierda y luego...

Melody intervino para pedirle al joven rubio:

—No te sientas responsable por lo que haga Eleo.

—No, si ya sé que es una zorra, pero no tolero que este cerdo me lo eche en cara.

—Bueno, basta —exigió Hut—. Guarda el mondadientes y dejémonos de cabronadas. Recordábamos la muerte del cuidador del teatro y queremos más sangre.

Luke Hamilton guardó su navaja, pero se levantó de la silla y dijo con aire ofendido:

—Me voy.

—No esperes que vaya a buscarte a tu catre —le dijo Charlton, ofensivo.

—Para darte satisfacción a ti tendrías que ir a visitar al elefante macho del zoo. —Dicho esto, se marchó.

Hut se echó a reír para romper la crispación general. Benson captó su intención y le imitó. Melody se contagió y también terminó riéndose el propio Charlton mientras Luke Hamilton se alejaba en

busca de su velomotor.

—¿De veras creéis que alguien hace satanismo en el teatro? —preguntó

Benson cuando ya ni se oía el ruido del velomotor en el que se marchara Luke

Hamilton.

—Sí, ¿por qué no? —replicó Hut.

Melody inquirió:

—¿Y quién puede ser?

—El *The Street* es un viejo teatro escuela, a muchos nos sirve para practicar, para hacer tablas. Pagamos el alquiler y, adelante. En nuestro caso, quien paga el alquiler es Constantine Prison.

—Un momento, nosotros le pagamos a él, ¿no? —preguntó Charlton.

—Bueno, no es exactamente así —objetó Melody—. El obtiene su dinero con el taquillaje de las obras que representamos y que no debe ser mucho a juzgar por el poco público que tenemos.

—Pero él —insistió Charlton— se lleva todo el dinero y nosotros no vemos ni un penique.

—Vamos, vamos, Charlton, con lo que Prison saca ha de pagar el alquiler del teatro, el vestuario, el personal técnico y los impuestos. ¿Piensas que le queda mucho? Yo no lo creo. Prison lleva en la sangre eso del teatro, no hay mejor director de Shakespeare que él.

—Si no hay otro mejor, ¿por qué no está en los mejores teatros y no en esa cuadra donde uno tiene que llevar un periódico para forrar la butaca o si no se ve sentado en el suelo?

—¡Paz, paz! —pidió Hut—. El *The Street* es un teatro escuela al que acuden varios grupos. Por suerte para nosotros, nos ha escogido Prison y somos el grupo que ha llevado a cabo más interpretaciones públicas. A todos nos gustaría llenar el patio de butacas, ¿a quién no? Algún día quizás lo consigamos y no en este teatro sino en uno bueno.

Melody intervino para explicar en plan confidencial:

—Prison me dijo que estaba en negociaciones para contratar un teatro digno en la *city* para que actuáramos nosotros con una buena representación, algo que nos llevaría a la fama.

—Eso lo viene diciendo desde que le conozco —se quejó Charlton.

—¿Y por qué no ha de ser verdad?

—Porque no.

—Pues en las críticas de *The Guardian* nos han citado en cuatro ocasiones.

—En el último año —puntualizó Charlton.

—Menos sería que no nos hubieran citado nunca. Yo tengo confianza en Prison, es genial, lo que ocurre es que no le han sabido comprender porque no es ortodoxo, ya sabéis.

—Corta el rollo, Melody —gruñó Charlton.

—Hemos comenzado hablando de brujería y satanismo y hemos acabado lamentándonos de nuestra suerte. La verdad es que yo creo que no saltaremos jamás a la fama, seremos actores por hobby. A lo mejor, eso nos ayudará luego en alguna profesión. Sólo tendremos que decir: «Oh, sí, yo representé mucho a Shakespeare y nada menos que bajo la dirección de Prison, el más genial entre los mejores...» —dijo Hut ampuloso. Con voz más normal, añadió—: Y nadie se atreverá a decir que no conoce a Prison porque nadie quiere quedar como un inculto.

—Esperemos que no te tropieces con ningún crítico teatral —se rio

Charlton.

—¿Qué os parece si bebemos el último trago y así olvidamos a Spencer? —propuso Benson—. Para eso nos hemos reunido aquí.

—De acuerdo —aceptaron los demás.

Melody preguntó:

—¿Y qué pasará ahora con la calavera?

—¿La calavera? —repitió Hut, y todos miraron a la joven Melody.

—Sí, la calavera.

—Pues, nada —dijo Hut—. Seguirá en el teatro y cualquier grupo que la requiera para sacarla a escena la tomará y luego la dejará donde se pueda volver a encontrar. Es un útil más del teatro. ¿Quién puede imaginar a Hamlet sin su calavera?

Todos se echaron a reír menos Melody que terminó preguntando:

—Pero, ¿esa calavera es artificial o de verdad? Me refiero a si perteneció a la cabeza de alguien.

—Creo que no vale la pena preocuparse de si es auténtica o

artificial —observó Hut.

—Pues si fuera artificial estaría muy bien hecha —opinó Benson —, porque a mí me parece auténtica.

CAPÍTULO III

La señora Deborah Asker entró en el pequeño y acogedor restaurante.

Había poca luz, cada mesa poseía una lamparita focal, lo que ayudaba a crear un clima de intimidad. Las mesas eran redondas, todas ellas revestidas con holgados manteles de color rojo con cenefas verdes.

—¿Qué desea la señora? —preguntó el maître, un hombre pulcro, grave y cuidadoso. Posiblemente, tiempo atrás había sido mayordomo de algún lord venido a menos.

—Busco al señor Prison.

—Ah, sí; por favor, sígame.

Constantine B. Prison estaba en un rincón, sentado ante una solitaria mesa, leyendo un periódico. En cuanto vio llegar a la dama, se levantó sonriendo gentilmente.

Había un notable contraste entre ambos personajes.

Deborah Asker era una mujer de cuerpo cuadrado y cabello corto en el que se encasquetaba un sombrerito con flores, cursi y pasado de moda.

Usaba gruesas gafas de miope con cristales redondos. Vestía traje chaqueta marrón con dibujo de gales y de su antebrazo colgaba un bolso de piel.

Su calzado era de tacón bajo y ancho. Era el prototipo de mujer londinense que se había anclado en una época, justo al terminar la Segunda Guerra

Mundial, mujeres que habían desempeñado el papel de hombre en muchas profesiones.

Deborah Asker había visto actuar a su madre y de ella había aprendido a comportarse, sin llegar a evolucionar con las siguientes generaciones.

Constantine Prison era alto, magro. Vestía túnica hasta los pies con un ancho cinturón que tenía una brillante cadena engarzada. Otra cadena rodeaba su cuello con un gran medallón en el que había grabados símbolos herméticos.

Sus cabellos escasos eran muy largos en la nuca. Usaba bigote y barba, aunque ésta no era demasiado larga. Su cabeza, en la parte

superior, estaba tan rala de cabellos que más semejaba calvo.

Sus ojos eran grandes, oscuros, intensos y penetrantes.

Constantine Prison hablaba muy despacio, con voz grave y convincente, aunque quienes habían sido sus alumnos en la escena conocían sus arrebatos de ira. Entonces, sus ojos semejaban centellear.

—Tenga la amabilidad de sentarse, señora Asker.

La mujer mantuvo los ojos muy abiertos detrás de las gafas; luego, cerró los párpados en actitud condescendiente. Se sentó frente al hombre de teatro muy estirada, sin tocar con su espalda el respaldo de la silla.

—No tenía que haber venido.

—Por favor, señora Asker, generalmente las personas se entienden mejor durante una cena que dentro de un despacho, por confortable que éste sea.

—Usted me dijo que hablaríamos de negocios.

—Y así es, señora Asker.

Aquella mujer estirada y práctica, una mujer que como norma tenía las frases de que «el tiempo es oro» y «los negocios son los negocios», no se asustaba por la apariencia externa de Prison. Había tenido que tratar con mucha gente de teatro, aunque en épocas anteriores, los hombres que se acercaban a ella vestían con la correcta elegancia británica.

—Me debe usted cuatro meses de alquiler del teatro.

Constantine Prison, en vez de afectarse y reflejar preocupación en su rostro, sonrió mostrando entre los pelos del bigote y la espesa barba unos dientes sorprendentemente blancos.

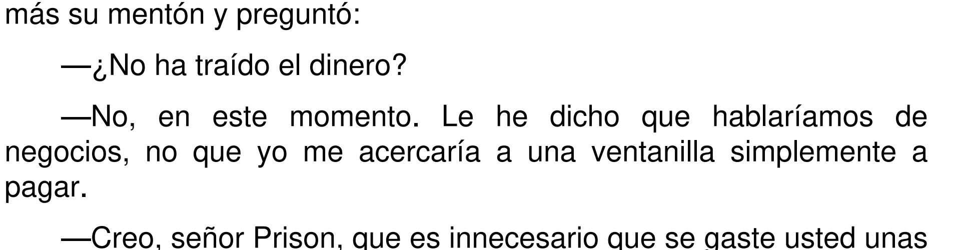
Podía decirse que sus colmillos eran algo mayores de lo habitual y Prison, que lo sabía, cuando sonreía abría los labios de forma que los colmillos aparecían entre siniestros y amenazadores.

—Lo sé, lo sé, por eso la he invitado a usted a cenar.

—¿Ha traído el dinero? Yo he traído los recibos que ascienden a...

—Por favor —pidió Prison sin súplica, con la actitud de quien apacigua a un niño revoltoso y testarudo.

La mujer, que se disponía a abrir el bolso de piel que debía ser como la prolongación del bureau de su despacho, se contuvo. Alzó


más su mentón y preguntó:

—¿No ha traído el dinero?

—No, en este momento. Le he dicho que hablaríamos de negocios, no que yo me acercaría a una ventanilla simplemente a pagar.

—Creo, señor Prison, que es innecesario que se gaste usted unas libras en esta cena. No estoy dispuesta...

—Por favor —repitió Prison—, usted sabe que las recaudaciones, en los últimos tiempos, han sido muy flojas.

—Es lo que dicen todos, sí, todos. Yo alquilo mi teatro como *Free School Theatre.*

—Sí, una escuela para nueve profesores.

—Cada uno de ustedes es responsable del grupo que dirige, eso está estipulado en los contratos. Ustedes cobran de sus alumnos y además se quedan con la taquilla de las funciones.

—Yo no cobro a mis alumnos.

—Ese no es problema mío.

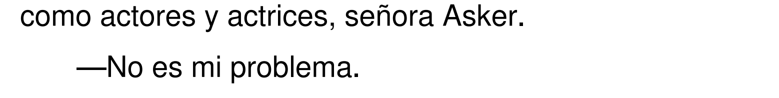
—Los muchachos que yo dirijo, en un futuro próximo serán grandes actores.

—Puede que sí y puede que no. Le diré que a mí este mundo del teatro no me gusta nada. Fue una herencia que recibí y trato de sacarle el mejor partido posible. No estoy dispuesta a que se utilicen mis bienes inmuebles sin que se me pague lo estipulado en contrato, de modo que tiene usted veinticuatro horas para abonar los recibos que debe o no vuelva a pisar *The Street*.

—Señora Asker, lo que a usted le ocurre es que no ha visto funcionar su teatro con todo esplendor. Grandes rótulos luminosos, las primeras autoridades en los palcos, los críticos más afamados en platea, los mejores actores en escena...

—¿Trata de explicarme un cuento de hadas? El teatro está viejo, muy viejo, y remozarlo exigiría una inversión tan grande que no merece la pena ni pensar en ella. Ese local no me rinde lo suficiente para cambiarle las butacas, que soy consciente están deterioradas, ya he recibido avisos de las autoridades y corro el riesgo de que lo cierren. Por cierto, una constructora me ha hecho una oferta muy tentadora; ve factible transformar el teatro en un *parking* de tres plantas sin tener que derruir el techo.

—Sería una locura cortar las alas a quienes están forjándose


como actores y actrices, señora Asker.

—No es mi problema.

El maître regresó, ellos ni habían mirado la carta. Prison hizo una seña y el maître asintió como si de antemano hubieran previsto algo.

—Yo no soy la madre de esos jóvenes que aspiran a ser actores. Por otra parte, no me parece la mejor profesión, hay demasiados.

—Señora Asker, usted sabe de la tradición teatral, de los actores y actrices británicos en todo el mundo, son los mejores.

—Por favor, no continúe. ¿Va a pagar o tendré que llamar a mi abogado para que le diga a usted que no vuelva a pisar mi teatro, o quizás hasta le demande judicialmente?

De algún bolsillo de su túnica, Prison sacó un pequeño metrónomo cuya esfera pendular era un ojo que brillaba como si fuera un brillante.

Lo puso sobre la mesa casi con descuido al tiempo que abría una cajetilla de cigarrillos.

Deborah Asker iba a decir algo, pero el hombre le ofrecía tabaco y ella denegó maquinalmente con la cabeza.

Prison encendió una larga y extraña cerilla y a la mujer le pareció que el pitillo no olía exactamente a tabaco.

El maître se acerró con un camarero. Llevaban un carrito en el que flamearon un pescado que olía muy bien.

Prison dijo:

—Excúseme, me he permitido escoger...

Elia miró de reojo la fuente que comenzó a ser flameada con arte por el camarero y dijo:

—No debería aceptar esta cena porque no pienso prolongar más esta situación.

—Está en su derecho, señora Asker. Por cierto, ¿cómo está su tío Elijah?

—¿Conoce usted a mi tío? —se asombró ella.

—Sí, le conocí en cierta ocasión, es un hombre rico.

—Mi familia siempre ha sido adinerada, claro que en los últimos tiempos, los negocios...

—Su tío tiene mucho dinero. ¿Sabía usted que es su heredera natural?

—No he pensado en ello.

—Pues yo sí —dijo Prison, observando que los reflejos del ojo del metrónomo impactaban en los cristales de las gafas de Deborah Asker.

—Bueno, mi tío goza de excelente salud.

—Es usted una mujer afortunada, señora Asker. Es viuda, todavía joven e imagínese que su tío Elijah falleciera...

—No quiero imaginármelo.

—Con el dinero de la herencia podría transformar el *The Street* en el mejor teatro de Londres, lo que equivale a decir en el mejor del mundo. Ahora, por favor, pruebe esta especialidad de pescado regada con vino francés. Nada de rosbif, hoy es cena bretona.

La señora Asker comenzó a perder sensaciones, atraída por el brillo oscilante del metrónomo que continuaba con su monótono tic tac, tic tac, tic tac...

Ya era demasiado tarde para que pudiera darse cuenta de que estaba siendo hipnotizada.

Constantine Prison dirigía ahora el humo de su cigarro hacia la nariz de la mujer y sonreía mostrando sus espectaculares colmillos entre los pelos de la barba y el bigote.

Encendió otro cigarrillo y se lo pasó a su invitada.

—Fume, fume, es de la mejor calidad birmana.

La señora Asker no se resistió, en aquellos momentos no se habría podido negar a nada que le pidiera Prison que se sabía dueño de la situación, dentro del pequeño y discreto restaurante.

El maître les observaba a distancia y su gesto era de preocupación; se había dado cuenta de que aquellos cigarrillos no olían a tabaco.

CAPÍTULO IV

Luke Hamilton se adentró en la *Foxy Discothec*.

Pese al frío de la calle, allí dentro olía a humedad caliente, humanidad sudada. Olía a humo y a muchas otras cosas, mezcladas con el vaho que casi se podía arañar sin que nadie se quejara de ello y tampoco pareciera notarlo.

Muchachos y muchachas, vestidos con *blue-jeans*, *jerseys*, cazadoras vaqueras o de piel y otras prendas similares, la mayoría de ellas con colores chillones, agitaban sus cuerpos, ellos creían que con libertad, y no hacían más que moverse con unos compases aprendidos de los ídolos musicales, movimientos repetitivos que por muy distintas que fueran las canciones, sólo variaban en su velocidad.

Había una pantalla gigante donde podía verse un conjunto rítmico de moda mientras se oía su atronadora música a través de los altavoces que impactaban a los concurrentes a la sala con más de ciento treinta decibelios, mientras unos focos de distintos colores, movidos por un pequeño computador, bombardeaban fotónicamente a los asistentes, de tal modo que se podía bailar, reír e incluso gritar pero era muy difícil que se pudiera pensar.

Luke Hamilton recibió un fuerte palmotazo en sus nalgas, ajustadas por unos *blue-jeans* que parecían de una talla inferior a la que él necesitaba.

Se volvió rápido, como si acabara de recibir la picadura de un escorpión, y vio a un tipo alto y grueso que se reía groseramente.

—¡Maricón!

—Luego salimos juntos, amorcito.

—¡Vete a la mierda! —replicó Luke, alejándose.

No era la primera vez que le ocurría algo parecido y en el fondo no le molestaba, pero sus réplicas solían ser siempre semejantes.

Se filtró entre ojos extraviados, entre muchachos que bailaban abrazados y entre chicas que hacían lo mismo, como si los dos sexos hubieran determinado ignorarse mutuamente.

—¡Olivia!

—Hola, Luke, ¿no bailas? —le preguntó la chica sin detener sus bruscos movimientos, movimientos que más recordaban a las líneas quebradas que a las onduladas. No cesó de bailar, como si estuviera sometida a la tiranía de una cuerda mecánica que la obligara a

moverse hasta el final, lo mismo que a Copelia.

—¿Has visto a Eleo?

—No está aquí —respondió ella siempre jadeante.

El sudor resbalaba de sus sienes pegando sus cabellos a mechones. El sudor también manaba de sus axilas como un manantial de la montaña.

—¿Sabes dónde está?

—Déjala en paz.

—¡Quiero verla, tengo que hablarle! —gritó Luke Hamilton que apenas conseguía hacerse oír entre las vibrantes notas musicales que brotaban por los altavoces.

—Ha ido a ganarse unas libras.

—¿Adonde?

—Está en *Big Door*.

Luke Hamilton no preguntó más. Decidió abandonar la discoteca y, al hacerlo, volvió a sentir el palmotazo en sus nalgas, ahora más fuerte.

—¡Maricón!

—¡Ya eres mía, putita!

Luke Hamilton puso alas en sus pies y se filtró entre los danzantes primero y entre las mesas después, apareciendo y desapareciendo según los impactos de luces rojas, verdes, azules y amarillas.

Cuando el tipo fornido de las grandes manazas salió a la calle, resoplante como un viejo «bus», no vio a Luke, el callejón estaba desierto.

Un gato pardo, que estaba encaramado en una escalera de hierro y no había decidido aún si ascender por ella o saltar a la calle, observaba con sus ojos verdosos.

Aquel tipo soltó una obscenidad y regresó al interior de la discoteca mientras el muchacho rubio permanecía escondido detrás de un cubo metálico rebosante de desperdicios.

Luke no se marchó en seguida, actuaba como un zorrillo avisado.

El tipo que pretendía atraparlo reapareció a los cinco segundos con la maligna intención de sorprenderlo si se había escondido; pero la calle continuaba igual de quieta.

Un automóvil avanzó, roncando, y el gato se decidió a trepar por las escaleras y a esperar a mejor ocasión antes de saltar para pelearse con los desperdicios en busca del sustento que le permitía vivir en la gran ciudad.

Luke Hamilton corrió.

Dobló la esquina y soltó su velomotor de la farola a la que lo había encadenado, alejándose con él.

Tenía una vaga idea de lo que era *Big Door*, su propia hermana le había contado algo.

Sabía en qué calle se encontraba y en veinte minutos, circulando por un Londres dormido, llegó al lugar.

Pasó por debajo de un amplio arco que un siglo atrás poseía portalones que ahora habían desaparecido, aunque las paredes conservaban los gruesos goznes.

Se adentró por un túnel y llegó a un patio adoquinado que se utilizaba como estacionamiento. Allí había tres microbuses.

Eleo le había explicado en parte cómo funcionaba *Big Door*.

Los miembros de aquella secta aguardaban en sus respectivos coches en puntos determinados de la ciudad, previamente establecidos, donde se detenían los microbuses. Abandonaban sus respectivos vehículos y subían a los microbuses, dejándose llevar. Algunos preferían llegar en taxi hasta el lugar. A la salida, los microbuses volvían a repartirlos por la ciudad y los distintos miembros de la secta recuperaban sus vehículos con los que partían hacia sus hogares. De esta forma, su identificación resultaba bastante difícil. *Big Door* no era una secta prohibida aunque sí secreta, y sus miembros preferían que no se les relacionara públicamente con ella. Por otra parte, la secta no era de las que pululaban por las calles buscando prosélitos; la *Big Door* tenía una especie de*numerus clausus* y sus asociados pagaban sus buenas cuotas para sufragar los gastos de las ceremonias. Luke buscó una recia puerta que ostentaba el número siete; aquel número no le correspondía en absoluto, pero estaba allí como un signo cabalístico. Eleo le había contado que tenían una contraseña, en cierto modo sencilla. Se daban primero dos golpes seguidos, luego tres y finalmente otros dos de forma que sumaban siete y así lo hizo Luke. La puerta se abrió como si acabara de pronunciar el mágico «abracadabra». En realidad se había abierto mediante una cerradura eléctrica a distancia; posiblemente sus golpes habían sido oídos por alguien que estaba atento. Una débil luz roja iluminaba un vestíbulo cuyas paredes estaban pintadas de negro.

De ellas colgaban cuadros que, por lo oscuros, apenas podía verse lo reflejado en ellos. El joven y afeminado Luke abrió una puerta de dos hojas y descubrió un guardarropa. Allí había túnicas colgadas, de distintos colores y tallas. También había caretas, todas iguales, representando calaveras, quizás unas fueran más grandes que otras.

Luke escogió un sayal blanco con un cordón negro para ceñir la cintura.

Acopló la máscara de calavera a su rostro y dejó que el rubio y largo cabello le cayera sobre los hombros.

Por otra puerta descendió a una especie de sótano utilizando una amplia escalera de peldaños gastados.

El subterráneo no estaba frío como hubiera cabido suponer de antemano; olía a cera quemada, a incienso y a otras hierbas y resinas quemadas.

Un grupo de gargantas salmodiaban algo que Luke no entendía.

—Ha llegado tarde —le gruñó una voz al oído.

Luke asintió con la cabeza y se apartó de la carátula que ocultaba el rostro del tipo que le había interpelado.

Todos allí escondían sus caras y hasta resultaba difícil diferenciar a hombres y mujeres.

Se filtró entre el grupo buscando a su hermana.

De pronto, se detuvo.

En lo que podía considerarse altar satánico había un ataúd. La cabecera estaba próxima al altar y los pies miraban hacia el fondo de la capilla infernal.

Los miembros de la secta sostenían entre sus manos partituras que les servían para sus cánticos.

En torno al ataúd había cuatro velones rojos encendidos y dentro del féretro yacía una bella mujer algo delgada, desnuda sobre la seda negra del tapizado interior.

El cuerpo femenino era joven, hermoso. Pese a estar boca arriba, sus senos quedaban prominentes y sus pezones enhiestos, como si los hubieran acariciado previamente.

Los cabellos eran largos y rubios como los del propio Luke Hamilton. El rostro permanecía cubierto también por una carátula representando una calavera.

Allí sólo había un tipo que no llevaba la calavera ocultándole, y

era porque se cubría con una cabeza de carnero gigante con una amplia y curvada cornamenta.

—Eleo —musitó Luke.

Su hermana parecía ausente de todo.

Dos fámulos del sacerdote satánico pasaban sus incensarios por encima del ataúd en movimiento pendular y e| humo que brotaba de ellos era espeso, mareante.

Luke pensó que era difícil que su hermana pudiera resistir aquello. Quizás estaba dormida, quizás drogada.

Eleo le había contado que los tipos de la secta le pagaban para que representara su papel, y no le pagaban mal.

El émulo del príncipe de los infiernos sacó un gran cuchillo e hizo movimientos en el aire como si escribiera algo sobre el cuerpo femenino.

Acercó luego el cuchillo a la garganta de Eleo, pinchó y brotó la roja sangre.

Luke sintió cólera ante lo que estaba viendo.

Cuando el cuchillo avanzaba sobre el cuerpo de la mujer en dirección al pubis, por entre los pechos, dejando una línea sangrienta, no pudo más y saltó sobre el chivo de aquel aquelarre que quedó sorprendido ante la furia que se le venía encima.

Consiguió derribarlo y hacerle saltar la careta de la cabeza: aquel individuo no era un hombre sino una mujer alta, huesuda.

Luke sintió un doloroso y fuerte golpe en la nuca; después, perdió el sentido.

Despertó con la sensación de que se ahogaba.

—Tranquilo, soy yo —dijo Eleo a su lado.

—¿Estás herida? ¿Te llevo al hospital?

—Tranquilo, Luke, tranquilo. El cuchillo del ceremonial es trucado; oprimiendo un resorte, el mango deja escapar por la punta sangre de borrego o de gallina, de lo que encuentren.

Con los ojos muy abiertos, el muchacho insistió:

—¿Todo era truco?

—Sí, todo truco y tú lo has estropeado. Ya no me van a contratar más y me pagaban cien libras por cada ceremonia.

—¿Cien libras?

—Si —replicó molesta, sentada a su lado en la hierba.

—Es mucho, ¿verdad? Y sólo por estar en el ataúd?

—¿Para qué engañarnos? Había más, idiota, más, pero yo estaba medio atontada y lo mismo me daba. Cuanto antes terminase la bacanal conmigo, mejor.

De pronto, Luke se dio cuenta de que tenía una gran jaqueca. Le dolía la nuca y todo el cuerpo, pero era de noche, hacía frío y no era cuestión de desnudarse para ver cómo estaba, de comprobar si le habían dado una paliza.

Al moverse se dio cuenta de que a él también debían haberle pagado cien libras...

—Maricones.

Eleo se echó a reír.

—No te rías y dime dónde estamos.

Sin dejar de reír, la chica se encogió de hombros.

—Nos han echado de un coche, creo que estamos en Hyde Park o algo por el estilo. Hay hierba, aunque está mojada.

—Como un *Kleenex*, usar y tirar, así nos han dejado. Maricones...

—Si no hubieras ido a meter las narices a *Big Door*.

—Los voy a denunciar.

—¿Y qué dirás? —preguntó ella, entre irónica y sarcástica.

—Pues... —Vaciló, miró a su hermana y le pidió—: No vuelvas más por allí.

Esos tipos, en cualquier ocasión, con tal de excitarse más, te clavarán el cuchillo de verdad y te abrirán en canal como a un cerdo.

—No lo creo. Lo hacen sólo por divertirse, son gente que se aburre. Allí dentro nadie descubre su verdadera identidad y sacan a flote sus bajas pasiones.

—Yo no me fío de esa gente, no vuelvas por allí. No voy a poder sentarme en un mes,.. ¿Crees que podremos llegar a la buhardilla sin andar demasiado?

—Saldremos del parque antes de que nos coja un *bobby* y tomaremos un taxi, pero antes dime...

—¿Qué?

—¿Qué buscabas en *Big Door*?

—A ti.

—¿Tanta prisa tenías?

—Quería preguntarte algo.

—¿Sobre qué?

—Quiero saber cosas sobre los lugares donde compráis lo necesario para hacer brujerías y satanismo.

Eleo, que no era fácil que se arredrara por la vida nocturna que llevaba, se echó a reír.

—¿Es que quieres fundar tu propia secta?

—Verás, Eleo, están ocurriendo cosas muy raras en el teatro.

—¿En el *The Street*?

—Sí. Por cierto, ¿por qué no reanudas tus clases? Prison te admitiría, sabes que le caes bien.

—Prison es un hijo de perra, me hizo a un lado cuando apareció Melody.

No, no pienso ir por semejante basurero.

—Vamos, no seas tonta. Deja que Melody sea la primera actriz y no te preocupes, cualquier día se marchará.

—Oye, Luke, ¿qué se te ha metido entre ceja y ceja, qué estás tramando?

—¿Vendrás al teatro?

—¿Todavía anda Hut por allá? —preguntó, mirando hacia las negras nubes que ocultaban las estrellas.

—Sí.

—¿Liado con Melody?

—Olvida a Melody. Está empeñada en ser una primera actriz en los teatros grandes y ella no va a divertirse, a matar el rato.

—¿Quieres decir que llegará lejos?

—Prison opina que sí.

—Está bien. Iré por *The Street*, pero me has de contar cuáles son tus planes.

Los dos hermanos echaron a andar con ciertas dificultades por el mullido césped; la gélida amanecida estaba cerca.

CAPITULO V

Elijah Asker vivía retirado en su viejo caserón.

Él había sido el heredero de la fortuna de los Asker, fortuna conseguida en la época colonial.

Sus ancestros, hasta los más cercanos, es decir, incluso su abuelo, habían traficado en especias del lejano Oriente, con drogas y tampoco habían faltado los negreros en su árbol genealógico, aunque él omitía este detallé siempre que hablaba con alguien.

Pocos eran los británicos poseedores de grandes fortunas que no se hubieran enriquecido en las colonias de ultramar, y de estas colonias se extraían desde minerales a esclavos, pasando por drogas, especias o tabaco.

Elijah Asker había tenido también entre sus antepasados a militares que se habían encargado de que los negocios de la familia funcionaran bien mientras los aborígenes de los países sometidos bajo la bota colonial continuaban sumidos en la más absoluta ignorancia, el hambre y las enfermedades endémicas.

No obstante, en las universidades británicas se daba acceso a los hijos de los jefes, maharajás y reyezuelos y de todos aquellos que tuvieran importancia en sus respectivos países, siempre que favorecieran la política colonial británica que no era otra cosa que obtener a bajo precio las materias primas de las que ellos carecían en sus islas.

La mansión era grande.

Elijah Asker tenía cerradas las dos alas del edificio y vivía en el cuerpo central donde se hallaba el vestíbulo, el salón de las grandes fiestas, una salita para tomar el té, la biblioteca con el despacho anexo y cinco dormitorios en el piso sobre el cual estaba la buhardilla.

Como era lógico, también funcionaban las dependencias de la servidumbre, pues un mayordomo, una camarera y una cocinera le atendían. No tenía más personal a su servicio, pese a que en los días de esplendor de la mansión Asker el número de servidores se acercaba a las dos docenas.

Elijah Asker había ido dejando que el brillo de la mansión se apagara poco a poco y no era por falta de dinero. Poseía el suficiente, invertido en Bancos, como para mantener todo su esplendor, pero ya era viejo y no recibía a nadie.

Su carácter era tan arrogante como agrio.

Pasaba muchas horas en su club de la *city* donde solía cenar; después, un taxi lo trasladaba a su domicilio. Hacía años que Elijah Asker no utilizaba automóvil propio.

En la cochera tenía tres antiguas carrozas bien conservadas y cuatro automóviles de diferentes épocas, vehículos de gran valor pero que precisaban de una puesta a punto y un mantenimiento que resultaba muy costoso debido a que eran modelos muy antiguos. El más nuevo debía tener ya los cuarenta años.

Elijah Asker tenía un convenio con una asociación de autotaxis; le bastaba llamar por teléfono y decir su nombre para que a los pocos minutos tuviera un taxi esperándole donde indicara.

Elijah Asker había llegado a la conclusión de que le salía mucho más barato utilizar taxis, por caros que fueran, que tener chófer propio y un automóvil último modelo.

Aquélla había sido una noche más en el club donde había cenado con su frugalidad habitual.

Un empleado del club le ayudó a colocarse el abrigo y la bufanda. Se encasquetó el sombrero y estornudó.

—Hace frío, señor —le advirtió el conserje—. Su taxi aguarda.

—Humm.

Elijah Asker ahorraba hasta en palabras, aunque solía reírse mucho con los chistes que le contaban sobre la tacañería de los escoceses.

Miró el aguanieve que caía. No llegaba a cuajar sobre el asfalto, pero era muy posible que los magníficos suburbios londinenses amanecieran nevados.

—A casa.

—Sí, señor Asker.

Se acomodó en el asiento y cerró los ojos. El trayecto le importaba muy poco, nada de lo que había al otro lado de las ventanillas le interesaba y mucho menos aquella noche en que los cristales del automóvil estaban empañados por dentro y llenos de gotitas por fuera.

Elijah Asker, con su largo bigote blanco y su cabello también cano, se veía viejo, pero cuidándose como lo hacía, parecía que fuera a tener fuelle para otra vida completa.

Más, lo que Asker ignoraba en aquellos momentos es que aquélla no iba a ser una noche como todas, una noche rutinaria.

El coche le dejó dentro de su mansión.

Alfred, el mayordomo, salió a recibirle con un paraguas y el taxi desapareció en la noche.

Alfred le ayudó a quitarse el abrigo, la bufanda, el sombrero. Se puso luego un batín y se acomodó junto a la chimenea encendida, en un butacón de alto respaldo con orejeras, tapizado en cuero negro.

Frente a él había un televisor a color. Alfred pulsó una tecla del video y comenzó un filme cómico.

—¿Desea algo más el señor?

—No, puedes retirarte.

—Buenas noches, señor, hasta mañana.

Gracias al video, Elijah Asker visionaba los filmes que pasaban por la pantalla del televisor, al parecer sin enterarse excesivamente de su contenido.

Algunos de ellos los había visto diez veces o más.

Los gags de humor no conseguían ni hacerle sonreír, pero permanecía encajado en su butacón como si la duración de la película fuera el tiempo marcado para luego irse a la cama y no antes. Todo era metódico en Elijah Asker.

De pronto, se abrió una ventana bruscamente, fue como si estuviera mal cerrada. Una fuerte ráfaga de viento levantó la pesada cortina y Elijah Asker gruñó. No tuvo miedo porque sabía que al otro lado de la ventana había una gruesa reja que hicieran colocar sus ancestros; gruñó porque se veía obligado a levantarse para cerrar la ventana, ya que la servidumbre ya se había retirado a descansar.

Algo pesado cayó al suelo por detrás de la cortina.

Elijah Asker alzó la cabeza, asomándola por el respaldo del butacón.

La ráfaga de viento helado penetró en la salita haciéndose sentir incluso, las llamas de la chimenea oscilaron. Asker se levantó, y aquella acción le molestaba más que perderse parte de la película.

Renqueando y mascullando, ni siquiera sabía por qué, se acercó a la ventana con intención de cerrarla.

Al apartar la cortina se encontró frente a frente con algo totalmente inesperado, tan sorpresivo que jamás hubiera llegado a

imaginar que pudiera sucederle a él.

Si algún amigo del club le contara lo que le estaba ocurriendo a él, con la habitual usura de palabras, pues casi todos medían hasta las sílabas para no pronunciar una demás y siempre en tono mesurado y bajo, Elijah Asker habría replicado que para historias de terror ya leía a Edgar A. Poe.

En aquellos momentos no había tiempo para pensar.

Ante él, cara a cara, había una calavera que le miraba desde la ignota profundidad de sus cuencas vacías. El resto era un sayal de monje con capucha.

Elijah Asker reaccionó con violencia.

—¡Hijo de los infiernos!

Proyectó sus débiles puños hacia adelante, pero éstos se hundieron en la ropa sin hallar nada que ofreciera resistencia.

La calavera se abalanzó contra él, veloz y agresiva.

Asker sintió la mordedura en su rostro y fue un dolor terrible y hondo que le obligó a retroceder.

Se llevó la mano a la mejilla izquierda y la notó descarnada.

Entre los dientes de la calavera aún podía verse parte de la mejilla arrancada y la sangre resbalaba de los malignos colmillos.

—¡Auxilio!

La calavera arremetió de nuevo contra él, golpeándole con los huesos frontales en el abdomen, con tal brutalidad que ahogó sus gritos y le hizo caer.

Elijah Asker trató de recuperarse.

Gateó sangrando, pero un nuevo golpe volvió a aplastarle contra la moqueta; esta vez, el golpe había sido en la nuca.

Asker sintió nuevas mordeduras, aquellos ataques eran atroces.

Una de las mordidas fue en el cuello y Asker sintió que ya no podía respirar ni gritar mientras el suelo se teñía de rojo.

Nadie iba ya a poder salvarle del feroz ataque llegado de ultratumba.

Se revolcó por la moqueta hasta quedar quieto, las mordeduras habían sido múltiples y algunas de ellas, mortales.

Aquel hombre, heredero de una fortuna engendrada en las colonias británicas, había muerto solo y de una forma horrible.

La película de humor terminaría y el aparato se desconectaría automáticamente. El cadáver, salvajemente agredido, sería descubierto al amanecer.

CAPITULO VI

—¿Os habéis fijado? —preguntó Melody, mostrando el periódico que sostenía en la mano.

—¿Algo importante? —inquirió Charlton, Estaba comiendo palomitas de maíz, más tumbado que sentado en un sofá que se hallaba a la derecha del escenario, débilmente iluminado mientras las butacas del público aparecían en sombras.

—Un tipo rico ha muerto en su mansión, atacado por una fiera.

—¿Una fiera? —gruñó Warren con su voz cascada. Era el viejo del grupo de actores, un hombre que no tenía más porvenir que una vejez que languidecería en un asilo para indigentes, puesto que no conseguía ahorrar ni un chelín—. Hoy las fieras andan sueltas, como hay tantos *snobs* que cuidan leones en sus jardines...

—No, por la forma de la dentadura parece ser humana o de un primate —dijo Melody que había seguido leyendo la noticia que venía destacada en el periódico.

—Entre los simios que pueden morder y desgarrar están algunos gorilas y los mandriles —observó Hut.

—Y los orangutanes —opinó Charlton—, En una ocasión vi a uno que era más salvaje que una pantera negra.

Melody siguió leyendo:

—«Scotland Yard opina que el ataque ha debido efectuarlo un ser humano con mandíbulas poderosas, un macho de fuerte constitución física que o bien estaba drogado o se hallaba en un estado de demencia mental agresiva. Se está rastreando la zona, pero en los jardines de la mansión no había huellas extrañas, claro que la nevada que cuajó al amanecer pudo borrarlas todas.»

—¿Y los perros, qué pasó con los perros? —inquirió Charlton—. ¿Se escondieron al ver a ese hombre lobo?

—Por lo visto no tenía perros —dijo Melody.

—Seguramente no encontrarán al criminal, a menos que repita su acción asesina —opinó Hut con un suspiro.

—Escuchad, escuchad, aún no habéis oído lo mejor...

—¿Lo mejor, y qué es lo mejor? —preguntó el viejo Warren.

En aquel momento entró Benson en el teatro, acercándoseles. .

—¿Qué es lo mejor, mi presencia?

—Idiota... Tú, para funcionar en el teatro, tendrías que hacer siempre de muerto y aun así, creo que lo harías mal porque te moverías.

—Y tú, de globo aerostático. Te pondríamos unas cuerdas en los pies para que no te elevaras demasiado, como estás tan gordo.

—Por favor, escuchad... La víctima se llamaba Elijah Asker.

—¿Asker, como la propietaria de esta cuadra? —preguntó Hut.

—Sí, es el mismo nombre que el de la dueña de este teatro. ¿Tendrá que ver con ella?

—Eh, mirad, ahí llega el mariposón de Luke... ¡Luke, amor, dónde están tus alas, o las alas son tus nalgas? —se rio Charlton.

Junto a Luke Hamilton llegaba otra persona a la que no tardaron en reconocer.

Fue Melody quien pronunció su nombre en voz baja. .

—Si es Eleo...

—¿Vendrá a ver los ensayos? —rezongó Hut que en otro tiempo había mantenido buenas relaciones con Eleo, hasta darse cuenta de que la chica resultaba excesivamente promiscua.

—¿Qué pasa, no hay ensayo? —preguntó Luke Hamilton con su voz fina.

—¡Hola, tíos! —saludó Eleo, levantando ligeramente la mano.

—Hola, Eleo —saludó directamente Melody. Se acercó a ella y puso un par de besos en sus mejillas.

—Melody, estás muy guapa. Luke me ha contado que pronto vas a tener más *oscars* en el cine que la Katherine Hepburn.

—Qué más quisiera yo, aunque sí aspiro a salir en un escenario importante.

Warren, al que solía hacérsele poco caso, preguntó:

—¿Qué, no habéis visto a un hombre lobo por ahí?

—No, ¿por qué? —inquirió Luke.

—Parece que ha matado a dentelladas a un tío rico que se llamaba Asker —explicó Charlton—. Y como resulta que la propietaria se llama Asker también...

—¿Van a cerrar el local? —quiso saber Eleo.

—No —fue la respuesta rotunda y categórica de Constantine Prison que acababa de aparecer junto a ellos sin que se percataran de su presencia.

Melody le preguntó:

—¿Conocías la noticia. Prison?

—La he oído comentar. El muerto era el tío de Deborah Asker.

—Entonces, ¿es familia suya como habíamos supuesto? —insistió Melody.

—Sí, era su tío, hermano de su padre. Además, muere sin hijos y la heredera universal de toda la fortuna de los Asker es Deborah Asker, la propietaria de *The Street*.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Hut—. Si tiene tanto dinero puede deshacerse de este teatro que de tanto desconcharse se van a caer hasta los ladrillos.

—Creo que con el dinero que va a heredar convertirá *The Street* en el mejor teatro de Londres.

—Pues, estamos listos —gruñó Warren—. Nos van a echar a la calle, se acabó la escuela de actores.

—Puede que otros grupos vayan a la calle, pero no el grupo de Prison. Claro está que algunos de vosotros tendrá que largarse por lo mal que lo hace. No nos engañemos, para alguno de vosotros no hay porvenir, pero para otros puede ser espléndido. Este nuevo teatro se abrirá al público con un espectáculo que dejará pálido a «Jesús Christ Superstar». Buscaremos a algún compositor de fama y buenos arreglistas.

—Prison, estás hablando como si el teatro fuera tuyo —se asombró Hut mientras los demás observaban.

—Es posible que lo sea. Deborah Asker bebe mis palabras como si fueran néctar de dioses. Sabe que soy un genio y hará cuanto le exija, y fijaos bien que digo «exija» y no pida.

—Pues yo he oído que le debes varios meses de alquiler.

—Eso sólo son miserias. Hut, Melody, me ayudaréis, confío en vosotros —Se volvió hacia la joven rubia—. Ah, sí está la Jezabel aquí...

—Me llamo Eleo —le corrigió la muchacha, sonriendo y nada molesta.

—Me alegro de que hayas venido, tú puedes jugar un buen papel.

—¿De protagonista?

—Te convertiré en una estrella famosa.

—Creí que ibas a llevar a la fama a Melody.

—Ah, sí, claro, a Melody, pero tú eres, distinta.

—¿En qué soy distinta?

—Ella será la actriz pura y tú serás otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Haré que salgas en varias revistas, te convertiré en importante; sólo abrirás la boca para decir lo que yo te indique,

—¿Y después?

—Verás, hay tipos que si no mojan, pues eso, no ceden en otras cosas.

—Entiendo. Ellos sacarán su pluma estilográfica y yo seré el tintero para que puedan firmar los contratos que tú estimes conveniente.

—Exacto, veo que sigues siendo la chica inteligente de siempre.

—Eres un cerdo, Prison.

—Vamos, vamos, no soy más cerdo que otros —dijo sonriente, mostrando sus largos colmillos—, claro que si no quieres que te haga famosa, si no quieres que te haga salir en las revistas... Porque yo me encargaré de pagar a los de las revistas del corazón y a las otras.

—Bueno, si lo pones de esa manera, serviré de tintero, pero que sea tintero de lujo.

—¿Qué pasa con mi hermana? —gruñó Luke, interviniendo—. ¿Es que vais a convertirla en la furcia del grupo?

—Por favor, Luke, déjanos en paz. Prison sabe muy bien lo que quiere y cómo conseguirlo y tiene razón; Melody hará el papel de modosita.

—No te metas conmigo —protestó la aludida.

—No, si no se trata de eso; se trata de que ha de haber carnaza para los cerdos, que siempre los hay, y yo me presto a ello si salgo beneficiada, claro.

—Tendrás tu papel y tu nombre tendrá lucecitas.

—Te tomo la palabra. Prison. Si no la cumples, te sacaré los ojos.

Hut se pasó la mano por la recortada barba que llevaba. Se

encaró con

Prison para preguntarle:

—¿Has hablado ya con la propietaria de este oscuro y maloliente teatro?

—Bueno, no tenéis por qué preocuparos. Ya os he dicho que esa mujer sabe que Prison es un genio y no le importará invertir el dinero suficiente para transformar esto.

—Si tiene tanto dinero, ¿no le resultaría más económico y rentable comprar otro teatro mejor y más bien colocado? —preguntó Melody.

—No, eso sólo sería cambiar de nombre, aquí será distinto. Se dará la gran noticia, se causará expectación, se verá resurgir al teatro de sus cenizas y luego vendrá la gran apertura. Deslumbraremos al mundo entero. Será mi triunfo mundial, en todo el mundo se hablará de este teatro. —Les miró a todos y luego, dijo—: Quería deciros que hoy no hay ensayo, tengo que ir a visitar a la señora Asker.

Cuando ya salían a la calle, Melody le dijo a Hut en voz baja mientras sus compañeros comentaban los últimos sucesos:

—¿Te has dado cuenta de que Prison habla como si todo el teatro fuera suyo?

—Sí, me he dado cuenta y también de algo más.

—¿Más?

—Ajá.

—¿Y qué es?

—Ya te lo diré en otro momento.

—¿Por qué no ahora?

—Porque sólo son simples deducciones.

—Pero podrías contar algo, ¿no?

—Mejor no. ¿Qué te parece si nos largamos tú y yo?

—¿Adónde?

—A la Morgue.

—¿Quéee?

—¿No te parecería interesante ver al muerto que ha enriquecido a la propietaria de *The Street*?

—Pues no, la verdad. No tengo sed de morbo.

—Está bien, iré solo.

Ella le retuvo por el brazo.

—Aguarda.

—¿Sí?

—¿De veras estás dispuesto a ver el cadáver?

—Claro.

—No te lo dejarán ver. Además, lo van a maquillar y a embalsamar, como era rico.

—De todos modos, quiero verlo.

—Oye, Hut, ¿qué es lo que se te ha metido entre ceja y ceja? Porque tú tienes un plan, ¿verdad?

—Un plan, no, lo que tengo son dudas.

—¿Sobre Prison?

—No he dicho nada.

—Espera, espera... —le pidió, nerviosa.

—Vámonos.

Un momento, Hut. No tratarás de decir que Prison tiene que ver con esa muerte, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo piensas, ¿no es cierto?

—No me hagas más preguntas, Melody, no sería bueno que te respondiera y tú eres más dura que un inspector de Scotland Yard; por lo menos, ellos no preguntan lo que piensas.

CAPITULO VII

Para asistir al entierro de Elijah Asker, Constantine Prison no utilizó su habitual túnica, se vistió con ropas que llamaran menos la atención, aunque distaban de ser la indumentaria de un gentleman inglés.

Se notaba que a Prison las ropas vulgares no le iban, se sentía incómodo dentro de ellas.

Deborah Asker iba de riguroso luto, ella era la heredera universal de los Asker. Había otros familiares que sólo iban a recibir morralla, y aunque aceptada con rencor, bienvenida era. Deborah Asker no sentía ninguna pena por aquella muerte, pero sabía estar muy bien en su papel.

Tres banqueros, cinco abogados y algunos ejecutivos cuyos nombres ella había olvidado desde el mismo momento en que le entregaran sus respectivas tarjetas, la escoltaban muy graves y con sus miradas de águila siempre atentas.

El inspector Oliverson de Scotland Yard también se hallaba en el entierro.

A través de la gasa que cubría su rostro, los ojos de Deborah Asker encontraron las pupilas grandes y penetrantes de Constantine Prison.

Deborah sintió dentro de sí como si le arrebataran las fuerzas, era como si hubiera bebido demasiado y sus piernas perdieran la seguridad. El no dijo nada, apenas mostró sus desproporcionados colmillos.

El juez puso en las manos enguantadas de Deborah Asker las llaves de la mansión Asker, una mansión que jamás se había dividido, como ocurría con la mayor parte de las grandes mansiones.

Deborah las apretó en su mano y se juró a sí misma que jamás había ambicionado aquellas llaves.

Era una casa demasiado grande, ya había sido excesiva para el fallecido Elijah, al cual hacía años que no visitaba. Sólo había pisado aquella casa en vida de sus abuelos; al desaparecer estos y convertirse el asesinado Elijah en el propietario, ni Deborah ni su padre la habían vuelto a pisar, pero el árbol genealógico continuaba por sus ramas.

Se acercó a la mansión con más recelo que actitud posesiva.

Caía la tarde, una tarde invernal en la que 1a luz huía con demasiada rapidez, una tarde en la que el día no parecía haber sido día.

Alfred, el mayordomo, era el que estaba más intranquilo. Se daba cuenta de que por ser la heredera una mujer, su puesto peligraba. La doncella no tenía problemas y posiblemente la cocinera tampoco y menos el equipo de limpieza que acudía periódicamente a las órdenes de la servidumbre para que en la gran casa no se acumulara la mugre.

Alfred se inclinó, más tranquilizado al ver la forma de vestir de la nueva ama de la residencia; el severo traje de chaqueta, su actitud austera y rígida le hicieron pensar que tenía para tiempo.

—¿Desea la señora que le muestre la casa?

—No hace falta, yo nací aquí —replicó ella.

El mayordomo carraspeó.

—Entonces, la señora ordenará lo que mejor desee.

—Quiero que me preparen la alcoba fucsia para esta noche.

—¿La alcoba fucsia? —repitió el mayordomo, un tanto perplejo.

La doncella, que estaba al lado, hizo una leve reverencia y dijo:

—Está cerrada, hace años que no se utiliza.

—Pues es la que yo quiero.

—Haré todo lo que pueda.

—Eso espero.

—Por suerte, están aquí las asistentas.

—Magnífico. —Se volvió hacia la otra mujer, más alta y gruesa—. Eres la cocinera, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Esta noche no quiero rosbif.

—Lo que mande la señora.

—Pescado, nada de carne por unos días, los entierros me quitan el apetito por la carne. Hoy me quedaré aquí, mañana ya veremos. —Los miró a los tres y añadió—: Si tío Elijah los tenía a su servicio, no cabe duda de que son fieles y buenos en sus tareas. Si decido continuar en esta casa, seguirán los tres aquí, yo tampoco soy persona de mucha servidumbre, lo mismo que tío Elijah. Por cierto, no hay perros en la casa, ¿verdad?

—No, señora, no los hay —se apresuró a responder el mayordomo.

—Para una casa tan grande y con la inseguridad que hay hoy día en las ciudades, mejor sería tenerlos. Si decido vivir aquí, tú te encargarás de traer dos parejas de buenos perros.

—¿Dobermans o mastines?

—Los que no acepten la caricia de nadie. Que cada noche la pareja sea distinta. Se tiene una pareja encerrada en el sótano sin salir y a la siguiente noche salen con más furia.

—Comprendo, señora.

—Voy al despacho de tío Elijah.

Faltaba concretar algunos detalles del testamento, pero como éste había sido tan escueto respecto a la mansión, ni siquiera se habían sellado puertas y cajones para que nadie tocara nada pese a que la policía andaba cerca buscando posibles indicios del asesino de Elijah Asker.

La servidumbre se afanaba en la casa para no perder el empleo.

La muerte sangrienta del anterior propietario sólo había despertado en ellos el temor de figurar en las listas de los parados sin trabajo, pues Elijah Asker jamás se había hecho querer.

Sonó el ding-dong del que Deborah ni se enteró, pues sólo podía oírse en las dependencias de servicio.

Alfred fue hasta la puerta y salió al atrio. Hacía frío.

Desde allí miró hacia la puerta enrejada que cerraba el muro que circundaba la mansión y que estaba entreabierta. Le sobresaltó la figura alta que surgió inopinadamente por su derecha, entre las gélidas sombras.

A Alfred no le gustó nada aquella sonrisa en la que destacaban unos colmillos que no parecían humanos.

—¿Quién es usted, qué hace aquí?

—Dígale a la señora que Constantine ha llegado.

—¿Constantine? No le conozco.

—Dígale que Constantine ha llegado si no quiere perder el empleo —advirtió amenazador, aunque su voz era lenta, pausada.

El mayordomo sabía demasiado poco de la nueva propietaria para negarse a cumplir aquella petición.

—¿La señora le conoce?

—Demasiado bien.

—Un momento.

La actitud de Alfred fue la de dejarlo en el atrio, pero Constantine Prison lo empujó con firmeza aunque sin perder la compostura.

Alfred apretó los labios, aquella situación era nueva para él y no sabía cómo reaccionar.

Había perdido a su patrón al que había servido durante tantos años y con él, había perdido su seguridad. Servir a una mujer no era lo mismo y era consciente de ello.

—Señora, hay un hombre que dice llamarse Constantine que desea verla.

—¿Constantine? —repitió ella, cerrando un libro diario que tenía abierto frente a su rostro y sobre el que había depositado las gafas por unos momentos.

—Así ha dicho llamarse. Es un hombre que viste una túnica y sus modales son un poco especiales.

—Ah, sí, es Prison. Hágale pasar.

—¿De veras la señora conoce a ese hombre?

—Sí, sí le conozco.

—Si la señora desea que me quede junto a la puerta por si pudiera ocurrir algo...

—Oh, no, no hace falta.

Cuando el mayordomo se volvió descubrió a Prison enmarcado en la puerta.

Su figura no era vulgar en absoluto.

Sus cabellos largos, la túnica oscura, las cadenas en torno al cuello a modo de collares y ciñéndole la cintura, le hacían destacar.

—Hola, Deborah.

—Hola —dijo ella con voz sumisa.

—¿Vas a cenar en esta casa?

—Sí.

—Di que preparen cena para dos. No me gusta la luz eléctrica, que pongan un candelabro en la mesa.

Ella se volvió hacia el mayordomo.

—Ya lo has oído, Alfred.

—Lo que mande la señora.

—¿Por qué has venido? —preguntó Deborah.

—Este es un día cumbre.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Por qué?

—Hoy tomas posesión de la fortuna de los Asker.

—Hoy sólo tomo posesión de la residencia Asker y a título provisional, esto de heredar no es tan fácil. Los inspectores fiscales harán una evaluación de todo para poder cobrar luego la parte que corresponda. Han tomado fotografías de la mansión y en los próximos días la evaluarán minuciosamente. Yo he jurado por escrito que no voy a sacar ni una piedrecita de esta casa hasta que los inspectores fiscales hayan concluido su labor.

—Evaluarán las obras de arte. No creo que los enseres de tipo personal tengan nada que ver.

—Ignoro qué es lo que consideran que debe cotizar.

—De todos modos, con lo que heredas en metálico, en acciones y bonos, podrás pagar sobradamente los impuestos que gravan la herencia.

—Sí, eso supongo, pero, ¿por qué ha venido?

—Tutéame.

—Prison, no me gusta que se comporte como si fuera el amo.

—Es que soy el amo.

—¿Cómo? —inquirió extrañada.

—Estamos casados, Deborah. ¿Acaso lo has olvidado? —preguntó sonriente, mostrando sus colmillos.

CAPÍTULO VIII

Deborah Asker agitó la cabeza como si no comprendiera bien lo que le decían.

—¿Casados, qué barbaridad dice?

—Sí. Nos casamos hace ya casi tres meses.

—¿Se ha vuelto loco?

Prison sacó un papel doblado. Lo desplegó lentamente y se lo mostró a la mujer.

—Este es el certificado. Si te acercas por el juzgado de High Wycombe podrás comprobar que lo que digo es cierto; allí están las firmas de los testigos.

—No es posible.

—Sí lo es y tú, entre tu documentación, debes tener tu propio certificado.

—No es posible —repitió, anonadada.

—Busca entre tus documentos.

Sin quitarle los ojos de encima, abrió su bolso de mano y comenzó a buscar nerviosamente hasta encontrar un documento muy bien doblado e idéntico al que le mostrara Prison.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó pálida, casi trémula.

—No es ninguna broma. Si no tuvieras la certeza de que esto es cierto, no me habrías recibido esta noche y lo has hecho.

—No es posible, no lo es...

—Mírame a los ojos, Deborah. —Ella obedeció, sumisa—. Tú eres mi esposa, eres mi esposa.

—Sí, tú eres mi marido, Prison, tú eres mi marido.

—Guardaremos en secreto nuestra boda hasta que yo lo decida.

—Guardaremos en secreto nuestra boda hasta que tú lo decidas —repitió ella, con su mirada centrada en las pupilas de Prison.

—Esta noche cenaremos juntos y luego iremos a tu alcoba. He traído un maletín en mi automóvil, ahora iré a por él.

Obediente como una autómata, atrapada por el poder hipnótico de Constantine Prison, lo acompañó hasta la puerta y él salió al atrio.

Atravesó el jardín y salió a la calle cuando se encontró frente a dos policías de uniforme y dos hombres vestidos de paisano.

—Deténgase, Scotland Yard.

Prison los miró con un atisbo de temor; luego, sonrió.

—¿Qué desean?

—¿Quién es usted?

—Constantine Prison. ¿Quieren ver mi documentación?

—Si hace el favor —asintió el inspector Oliverson.

De entre su túnica, Prison extrajo una billetera y de ella su documentación bajo la mirada atenta de los policías; uno de uniforme iluminó con su linterna los papeles que el inspector leyó y retuvo para preguntar después;

—¿Cuáles son sus medios de vida?

—Dirijo un grupo escolar de teatro y por si quiere saber más, la señora

Asker es la propietaria del teatro donde yo doy las clases a mis alumnos, es el *The Street*.

—¿Ha venido a visitar a la señora Asker?

—Así es.

—¿Le importa que lo comprobemos?

—En absoluto, he de regresar adentro ahora mismo, sólo iba a buscar unas cosas a mi automóvil.

—Bien, recójalas y le acompañaremos.

—Como gusten. ¿Ocurre algo malo por aquí?

—Señor Prison, usted es un ser de apariencia estrafalaria, y disculpe si le molesta esta descripción.

—Oh, no me molesta, ¿por qué? —Sonrió, irónico—. Ustedes van con ropas que a mí no me sientan bien.

—Usted prefiere ir como si fuera un Rasputín.

—También Jesucristo iba con túnica, barba y cabellos largos.

—Eran otros tiempos —respondió el hombre de Scotland Yard.

—El tiempo es infinito, inspector. Sobre el tiempo podríamos hablar mucho, aunque creo que sería un tema que a usted no habría de interesarle demasiado.

—Recoja sus cosas. Por cierto —se fijó en los extraños y largos colmillos de Prison que destacaban entre el abundante pelo de su bigote y barba—, ¿Qué hacía usted la noche del martes día siete?

—¿El martes día siete? ¿Me está interrogando, inspector?

—Le he hecho una pregunta. Si no desea responderla aquí, tendrá que hacerlo en la comisaría.

—Oh, no me estropee la noche, inspector.

—¿Cómo sabe que soy inspector?

—Por la forma en que se comporta. Y hablando de la noche del martes siete... Ah, sí, estaba en París viendo una obra teatral de unos colegas míos.

—¿Podrá demostrarlo?

—Naturalmente, basta con que pregunte a mis amigos. Ellos son mi coartada, ¿no es así como se dice? La verdad, yo no llevo a la escena obras de Agatha Christie, no es mi estilo.

—Tendrá que darnos nombres y nosotros comprobaremos lo que usted afirma.

—Bien, están en su derecho de dudar. Les daré nombres, no faltaría más, anote...

El otro policía de paisano sacó un bloc y un bolígrafo, dispuesto a anotar lo que se le dijera.

—James Petrarca, Maurice López... —fue diciendo varios nombres hasta que concluyó—: Podrá encontrarlos a todos en el *Petit Renard*.

—De acuerdo y si es necesario precisar más datos se los pediremos a usted.

Tomo nota de su dirección.

—También pueden localizarme a través de la señora Asker o en el teatro *The Street*. Yo no me escondo, inspector, y lo digo por si está pensando que soy el asesino del viejo Asker. Mejor harían buscando a un lobo o a un evadido del manicomio.

—Es posible; en ocasiones, los locos andan sueltos por la calle y cuando se les identifica ya es tarde, la tragedia ha sido consumada.

—Espero que esta vez haya más suerte, inspector.

—Es lo que deseamos todos —replicó el inspector.

Del viejo automóvil, Prison sacó un pequeño maletín y una bolsa

de nylon plastificado. Sonriéndoles, dijo:

—¿No querían preguntar a la señora Asker?

—Naturalmente que sí —dijo el inspector que vigilaba a Prison con la ceja izquierda enarcada; no se fiaba de aquel tipo.

Deborah apareció en la puerta, altiva y distante, muy segura de sí misma y con aspecto de saberlo todo, una actitud que no era otra cosa que una coraza defensiva para evitar ser atacada.

—Señora Asker, ¿reconoce a este hombre?

—Naturalmente, es Prison, el señor Prison —recalcó—. Está invitado a cenar esta noche en mi casa.

—Muy bien, señora Asker —aceptó el hombre de Scotland Yard, encajando bien la respuesta mientras Constantine Prison se sonreía con la satisfacción del prestidigitador que sabe que ha hecho un buen trabajo.

—¿Convencido, inspector? —preguntó Prison.

El inspector Oliverson no quiso responder directamente.

—Señora Asker, mantenga puertas y ventanas bien cerradas, no sea cosa que tenga un disgusto. De todos modos, los policías de distrito patrullarán cerca de aquí.

—Gracias, inspector, me sentiré más segura.

Prison les vio alejarse con sus colmillos separados y una mirada especial, muy especial.

Cenaron a la luz de cinco velas.

Prison quiso que las luces eléctricas fueran apagadas. Lo mismo el mayordomo Alfred que Nancy, la doncella, observaron el pequeño aparatito que refulgía y hacía un monótono tic tac, tic tac, tic tac.

El metrónomo lanzaba sus tenues destellos sobre las gafas de Deborah que no decía nada, comía con frugalidad.

—Una mansión muy hermosa, aquí podremos vivir muy bien.

—Lo que tú digas, Constantine.

—Sí, abriremos habitaciones y haré algunas pequeñas reformas. Tengo proyectos, muchos proyectos, aunque deberemos esperar un poco.

Cuando terminaron de cenar, él le dijo:

—Debía haberte preparado antes, pero el tiempo ha sido limitado. Yo te convertiré en una mujer distinta, ya lo verás. Subamos a la

alcoba.

Fueron a la alcoba decorada en color fucsia. Ardían los troncos en la chimenea y la estancia se hallaba agradablemente caldeada.

—Has de cambiar tu estilo, Deborah —le dijo.

Ella quedó quieta en el centro de la estancia y él la rodeó como para mirarla en sus trescientos sesenta grados.

Con habilidad, sin titubeos, le desabrochó la chaqueta del traje y se la quitó.

Después, aflojó todas sus ropas sin que ella, hipnotizada como estaba, se opusiera.

Constantine Prison, que del mundo del teatro lo sabía todo, abrió su maletín y aparecieron pinceles y pinturas cosméticas.

Como si se hubiera transformado en un pintor de esculturas, comenzó a pintarle las cejas, a maquillarle las pestañas, a sombrearle los párpados y a dar color a sus mejillas.

Le quitó las gafas y pintó su boca. Deborah se iba transformando sin que ella pudiera darse cuenta.

Le aplastó el pelo corto y le puso una peluca del mismo color pero de cabellos abundantes, lacios y muy largos. En torno a la frente le puso una cinta de rutilante *lamé* y luego le ordenó:

—Desnúdate.

Pese a su estado hipnótico, la mujer, que poseía una estricta moral victoriana, dudó.

—Desnúdate —insistió—. Luego, ponte este vestido.

Le entregó un vestido muy ligero de gasa que llevaba en la bolsa.

Ella se desnudó mientras él se acercaba a la chimenea, dándole la espalda.

Las llamas bailaban en torno a los tres troncos colocados en el hogar.

—Está muy extraña la señora, ¿verdad? —preguntó la doncella Nancy.

—Sí, un poco extraña y me parece que todo es culpa de ese sujeto que la tiene dominada.

—¿Qué crees que ocurrirá, Alfred?

—No lo sé, pero por lo visto, esta noche ese hombre mandará aquí más que la señora, la nueva ama de esta mansión.

Mientras tanto, en la alcoba...

—No eres la mujer más hermosa del mundo, pero yo te he compuesto para que seas deseable.

Sacó una cajita con mucho cuidado y en ella brillaron dos lentillas.

Constantine había tomado todas las medidas; había controlado a Deborah el tiempo suficiente como para conocer sus costumbres, sus hábitos. Aquellas lentillas eran de ella y no las usaba porque se sentía más parapetada tras los cristales de las gafas.

—Voy a ponerte las lentillas. Inclina tu cabeza hacia atrás...

Cuando las llamas de la chimenea-hogar brillaron en las lentillas, Prison la cogió de la mano y la puso delante de un espejo.

—Cuando yo cuente hasta siete, despertarás, Deborah, despertarás y te verás como la mujer más hermosa del mundo. Sentirás la pasión del deseo en tus entrañas, te sentirás mujer y yo te diré que soy tu esposo. Tú me aceptarás con deseo y entrega total. Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

Frente al espejo, Deborah miraba sin ver, aguardaba el momento y su mente semejaba vacía. No pensaba, en realidad no sabía nada de lo que le ocurría.

—...Siete.

De pronto, tras las lentillas, la mirada de Deborah se transformó. Miró al espejo y no reconoció a la mujer que estaba frente a ella, a la mujer que se reflejaba en el espejo. Ella jamás se había vestido de aquella forma.

—Sí, Deborah, eres tú y yo soy tu esposo.

—No es posible...

—Sí. Sólo ha hecho falta un poco de color en tu rostro. Tus pechos, libres de opresiones, aparecen abultados y plenos. El cabello no es tuyo, es una peluca, pero tú puedes tenerlo igual. Además, la mayoría de las mujeres deseadas por el gran público que va a los cines, que ve la televisión o lee las revistas, utilizan pelucas como esa que ahora te cubre a ti.

Deborah se remiraba en el espejo cuando comenzó a sentir calor en su vientre, en su pubis, calor en sus muslos, calor en sus pechos.

Las llamas de la chimenea le parecieron excepcionalmente hermosas, incluso eróticas.

La mano grande y huesuda de Constantine Prison se introdujo por

su escote y ella cerró los ojos.

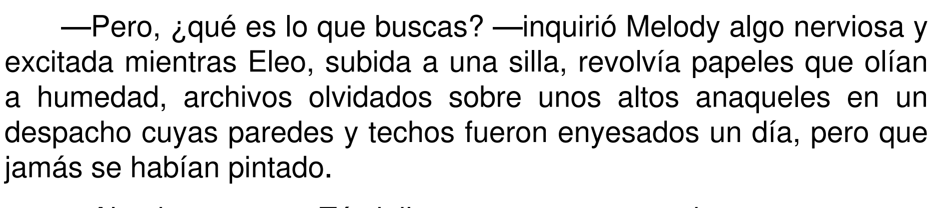
No le disgustó sentir la presión que el hombre ejercía en su cuerpo, todo lo contrario. El calor aumentó y la visión de sus ojos se hizo más difusa.

Agradeció que aquellas manos la recorrieran, cubriendo un cuerpo que antes nadie había descubierto como él. Su primer marido, tenía que admitirlo, había sido un impotente sexual y eso la había frustrado de tal forma que la había hecho sentirse fracasada y levantar en torno suyo unos muros pétreos que ahora se deshacían como la mantequilla entre las manos de aquel hombre que la dominaba y que se llamaba Prison.

Se sintió elevada en brazos y luego cayó sobre la mullida cama.

Los colmillos del hombre la mordieron y gimió estremeciéndose con un placer que jamás antes había sentido

CAPÍTULO IX



—Pero, ¿qué es lo que buscas? —inquirió Melody algo nerviosa y excitada mientras Eleo, subida a una silla, revolvía papeles que olían a humedad, archivos olvidados sobre unos altos anaqueles en un despacho cuyas paredes y techos fueron enyesados un día, pero que jamás se habían pintado.

—Algo interesante. Tú vigila que no me sorprendan.

—Nos van a echar del teatro.

—Bah, no será tanto, te comportas como una colegiala.

—Es que yo no voy por la vida con la marcha que tú...

—Tú te lo pierdes.

—¿Puedo saber qué buscas?

—Cuando lo encuentre te lo diré.

—¿Es un secreto?

—Quizás.

—¿Tu hermano está metido en el lío?

—Sí, a Luke le conté algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Sabes que yo he estado metida en algunos líos de brujería?

—Oye, no creerás en nada de eso, ¿verdad?

—No, no creo porque yo he participado en rollos de ésos.

—¿En aquelarres?

—Más o menos.

—Creí que tú, bueno, que tú, eso...

—Anda, dilo de una vez, que iba de zorra por las calles de la *city* —se rio Eleo.

—No he dicho tanto.

—Yo voy por libre por la vida. Las que se meten a profesionales quedan atrapadas y luego sacan menos que las que vamos por libre porque tienen que dar demasiado a sus chulos, claro que en alguna ocasión te expones a una paliza o a que te violen.

—¿Te han violado alguna vez?

Eleo se volvió hacia su compañera, se río y luego dijo:

—Cinco veces.

Melody parpadeó, incrédula y asustada.

—¿Cinco?

—Sí. —Volvió a la carga removiendo los viejos archivos, miraba fechas y seguía removiendo—. Cuando una anda de noche por las calles se expone a eso.

Una vez me cazaron entre cinco y pasé una semana en la cama.

—¿No los denunciaste?

—¿Para qué? El juez habría dicho que yo era la culpable. Te cazan, se divierten contigo a lo bestia y luego te dejan tirada por ahí. Imagino lo mal que lo pasarán las que estén por estrenar, que es en realidad lo que buscan esos perros.

—¿Y piensas seguir haciendo la calle?

—No sé, la vida no es tan fácil, a ver si este asunto que nos ofrece Prison nos va bien. Como te decía, algunas sectas de esas que juegan a brujos pagan para que una se haga la muerta y violarla y todo eso; son sádicos que juegan a satanismos.

—¿Y tú te prestas a esas ceremonias?

—Bueno, a algunas sí. Tengo un buen tipo y ellos siempre buscan como supuesta víctima a una mujer atractiva.

—Algún día te harán daño de verdad.

—Es lo que dice Luke. Por cierto, una noche que vino a buscarme lo pasó muy mal. —De pronto, exclamó—: ¡Mira, aquí está!

—¿El qué?

Con las hojas que acababa de encontrar y que apenas se sostenían, saltó de la silla y se inclinó sobre la mesa.

—Es esto.

—Pero, ¿el qué, el qué? —inquirió, nerviosa.

—Mira, aquí lo dice, Frederick J. Prison.

—¿Has dicho Prison?

—¿No lo lees?

—Sí, la tinta está un poco borrosa pero se lee.

—Fíjate en la fecha.

—¡Casi un siglo! —exclamó Melody.

—Sí, casi un siglo.

—Entonces, no es el Prison que nosotros conocemos.

—No, pero es posible que fuera un ancestro suyo, un abuelo, un bisabuelo, no sé…

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Mira, aquí lo dice: «Frederick J. Prison, director del teatro *The Street*...»

—Vaya, también era director —observó Melody.

Eleo pasó unas hojas hasta encontrar un recorte de prensa.

—Aquí está la noticia.

—¿Qué noticia?

—¡Léela, léela! Yo sólo sabía lo que me han contado.

—¿Quién?

—Ya te lo diré. Lee...

—Aquí dice que «el director de teatro Frederick J. Prison, responsable de las últimas obras escenificadas en el *The Street*, ha sido encontrado ahorcado en el escenario y parece tratarse de una venganza. A Frederick J. Prison, y son rumores que en estas líneas no confirmamos ni dejamos de confirmar, se le suponía culpable de la muerte de tres jóvenes aspirantes a actrices que fueron halladas muertas, como los lectores ya sabrán. La policía investiga el trágico hecho de que un hombre apareciera ahorcado en un escenario teatral en el que todo ofrece las características de un juicio popular. En el escenario había una mesa con una gran butaca, luego dos butacas frente a la mesa y un banquillo, y a la derecha del escenario doce sillas bien colocadas. Todo estaba dispuesto como para un juicio, pero nadie sabe nada...».

—¿No te parece curioso? —preguntó Eleo.

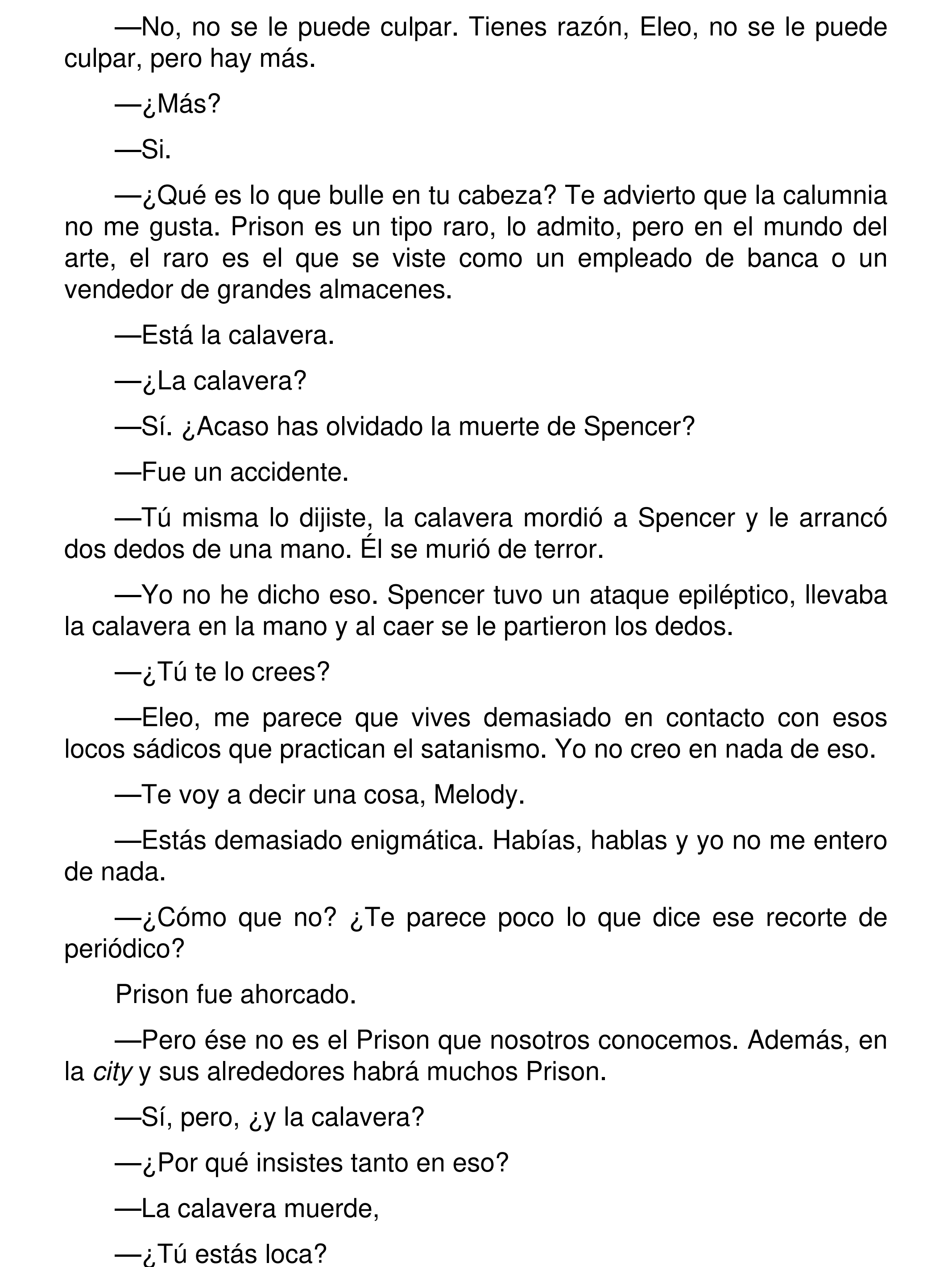
—¿El que un ancestro de Prison fuera ahorcado en el escenario de este mismo teatro?

—Sí.

—La verdad, sí, y es muy raro. ¿Vas a comentarlo con él?

—¿Para qué me asesine?

—¿Es que piensas hacerle culpable de algo que cometió otro hombre, mucho antes de que él naciera?



—No, no se le puede culpar. Tienes razón, Eleo, no se le puede culpar, pero hay más.

—¿Más?

—Si.

—¿Qué es lo que bulle en tu cabeza? Te advierto que la calumnia no me gusta. Prison es un tipo raro, lo admito, pero en el mundo del arte, el raro es el que se viste como un empleado de banca o un vendedor de grandes almacenes.

—Está la calavera.

—¿La calavera?

—Sí. ¿Acaso has olvidado la muerte de Spencer?

—Fue un accidente.

—Tú misma lo dijiste, la calavera mordió a Spencer y le arrancó dos dedos de una mano. Él se murió de terror.

—Yo no he dicho eso. Spencer tuvo un ataque epiléptico, llevaba la calavera en la mano y al caer se le partieron los dedos.

—¿Tú te lo crees?

—Eleo, me parece que vives demasiado en contacto con esos locos sádicos que practican el satanismo. Yo no creo en nada de eso.

—Te voy a decir una cosa, Melody.

—Estás demasiado enigmática. Habías, hablas y yo no me entero de nada.

—¿Cómo que no? ¿Te parece poco lo que dice ese recorte de periódico?

Prison fue ahorcado.

—Pero ése no es el Prison que nosotros conocemos. Además, en la *city* y sus alrededores habrá muchos Prison.

—Sí, pero, ¿y la calavera?

—¿Por qué insistes tanto en eso?

—La calavera muerde,

—¿Tú estás loca?

—No estoy loca. ¿De qué forma murieron las aspirantes a actrices?

—Lo ignoro.

—Pues habrá que averiguarlo.

—Oye, oye... ¿adónde quieres ir a parar?

—¿De qué forma ha heredado una fortuna la señora Asker?

—Pues eso, siendo la heredera de su tío.

—¿Y cómo ha muerto su tío?

—Pues... —Vaciló, no quería admitir lo que Eleo le exigía.

—Murió salvajemente, mordido por algo que podía ser humano, un loco o quién sabe qué.

—Si vas a Scotland Yard diciendo que esa calavera va mordiendo a la gente, tendré que ir a visitarte al manicomio.

—No soy tan tonta. La verdad es que ha sido Luke quien me ha interesado en todo este asunto. ¿Sabes una cosa?

—¿Otra? —preguntó, mirando crítica a su compañera.

—Sí.

—No, y dila ya, si estás rabiando porque yo la sepa.

—Voy a buscar a...

Se abrió la puerta dando paso al viejo Warren, el hombre que tenía que interpretar todos los papeles de anciano de las obras shakesperianas.

—¿Qué hacéis aquí? Prison ha llegado y quiere hablaros.

—Vaya, nada menos que Prison —dijo Eleo, cerrando los archivos.

—Os advierto que ha venido de excelente humor, parece que todo le va bien y hasta me ha dicho que ha saldado mi cuenta del snack de modo que podré volver a usar mi dentadura postiza, je, je, je.

Constantine Prison estaba en la primera fila del patio de butacas, sus ojos brillaban. Los jóvenes, y también Warren, le miraron desde lo alto de! escenario, esperando a que hablara.

—El *The Street*, oficialmente, se va a cerrar.

Hubo cuchicheos de decepción.

—¿Seguiremos en otra parte? —preguntó Hut.

—Nosotros seguiremos aquí —puntualizó Prison, tajante—, Vendrán arquitectos y decoradores, este teatro se va a remodelar. Los demás grupos teatrales desaparecerán, pero nosotros seguiremos mientras efectúen las obras.

—¿Cuánto durarán las obras? —preguntó Warren.

—Uno o dos años.

—Es mucho tiempo —opinó Hut—. Si durante tanto tiempo no actuamos ante un público, nos oxidaremos.

—No nos oxidaremos porque vamos a preparar algo grande, lo más grande que se haya visto jamás. Mientras tanto, voy a tener mucho que hacer. Vosotros venid aquí como siempre después de la cena para los ensayos. Si yo no acudo por cualquier motivo, tú, Hut, te harás cargo de la dirección. Llevaremos a cabo ensayos sobre las obras de Hamlet y del *Mercader de Venecia*, siempre

Shakespeare. Hay que dominar la escena con sobriedad hasta que tengáis completa seguridad. Traeré a profesionales.

—¿Profesionales? —exclamaron todos, sorprendidos.

—Sí, profesionales para que trabajen a vuestro lado y os pulan. Quiero ir formando el gran equipo para una obra que aún se ha de escribir pero que ya la tengo danzando aquí dentro —se rodeó la frente con la palma de su mano.

—¿De veras cabremos nosotros en ese reparto? —preguntó Hut, escéptico.

—Sí, claro que sí. Los primeros de la lista serán totalmente nuevos para el público y los que encarnen papeles secundarios serán profesionales.

Hut, desconfiado, inquirió:

—¿Y crees que ellos aceptarán?

—Aceptarán si se les paga bien. Se trata de sorprender al público con un teatro distinto, con actores nuevos. Hay que renovarlo todo porque de lo contrario el teatro se muere.

A todos les parecieron bien las ideas de Constantine Prison, especialmente porque ellos iban a salir beneficiados, aunque tampoco se les escapaba que algunos tendrían que marcharse.

—¿Qué te parece todo esto. Hut? —preguntó Melody cuando ya salían a la calle, subiéndose los cuellos de los respectivos abrigos; hacía frío.

—No sé qué decirte, todo parece una gran broma.

—¿Una gran broma, por qué?

Hut miró a la joven que a su vez le buscaba con los ojos.

—¿No te parece extraña la gran influencia que Prison parece ejercer sobre la propietaria del teatro?

—Sí, pero quizás él ha logrado convencerla de sus planes. Prison es un hombre muy convincente.

—Yo diría que hay algo más.

—¿Como qué?

—No lo sé. —Caminaron en silencio una veintena de pasos y luego, Hut preguntó—: ¿Te conté lo que vi en la Morgue?

—¿En la Morgue? No.

—Tengo un amigo allí y me dejó ver el cadáver.

—¿Te refieres al tío de la propietaria?

—Sí. Las mordeduras eran horribles y las marcas corresponden a una mandíbula humana.

—Eso dijeron los periódicos, pero sigue sin saberse quién fue el asesino.

—Nadie que no sea una especie de loco salvaje puede morder como ese ser lo hizo, sólo cabe pensar en una violenta locura.

—¿Por qué me cuentas eso ahora, Hut? ¿Quieres que tenga miedo esta noche? —preguntó, sonriendo.

—¿Te acuerdas de la calavera?

—Sí, claro.

—La llevo en la bolsa.

Melody dio un pequeño respingo al mirar la bolsa que tenia dibujos de cuadros de gales en color marrón oscuro.

—¿Te vienes conmigo?

—¿Adonde? —preguntó la joven con miedo.

Se había acostumbrado a la presencia de la calavera en las actuaciones y ensayos de Hamlet, pero tras los últimos acontecimientos, le había tomado cierto recelo y temor.

—Peter, ésta es Melody.

CAPÍTULO X

Melody y Peter estrecharon sus respectivas manos. A Melody le

pareció que Peter, además de ser extraordinariamente alto, también era extraordinariamente frío.

Su rostro anguloso tenía una coloración azulada que llamaba la atención.

Melody se sintió incómoda cerca de él.

—Peter habría sido un buen clínico si no le hubieran expulsado de la universidad y metido en la cárcel. ¿Verdad, Peter?

Peter esbozó una sonrisa apenas perceptible.

Melody se sintió en la obligación de romper la tensión y preguntó:

—¿Estudiabas medicina?

—Sí —respondió despacio, con voz muy grave, como si tuviera problemas de laringe.

—¿A qué curso llegaste?

—Cuarto —respondió Peter. Hablaba despacio y alargaba las palabras de una forma que ponía nervioso a quien lo escuchaba.

—Peter sabía mucho de medicina, quiero decir que sabe; por ello, cuando hubo que ocupar una plaza en la Morgue, se presentó y la conquistó.

—Sólo soy un mozo especialista —dijo, siempre como si con su garganta abriera una pesadísima puerta que gruñía fuertemente.

—Si, pero los listos de la Morgue confían en ti para muchos trabajos.

Peter, que también andaba despacio, les condujo a una habitación que olía mal.

Peter se había montado allí su propio laboratorio de investigación. En las paredes había múltiples fotografías de cadáveres, hombres, mujeres, ancianos, niños; todos o casi todos expresaban el horror y el dolor de una muerte violenta.

Aquéllos eran los posters más macabros que Melody viera jamás, y casi todas las paredes quedaban cubiertas por ellos.

Sobre distintos anaqueles. Peter tenía moldes de yeso y modelados de arcilla, también poseía frasquitos con restos humanos encerrados en ellos.

A Melody no le gustó aquel lugar; le pareció que Peter debía ser una especie de maníaco de la muerte y coleccionaba recuerdos de la Morgue.

—¿Es un coleccionista? —preguntó la muchacha en voz baja, casi fue un cuchicheo, al oído de Hut.

—Peter es un investigador frustrado y tiene su propio laboratorio, pero es secreto. Si descubrieran esto, posiblemente le despedirían de la Morgue.

En botes de cristal llenos de formol había dentaduras, dedos cortados, agujas y cuchillas extraídas de cadáveres. Cada frasquito tenía su pequeña etiqueta explicando el contenido.

—Probemos —dijo con aquel hablar alargado, casi fantasmagórico.

Peter puso sobre una mesa unos moldes de cera. Melody no distinguía bien de qué se trataba, pero no tardó en reconocer las huellas de unas dentaduras.

Del interior de la bolsa, Hut extrajo la calavera.

Melody la miró con recelo, casi con repugnancia, pero a Peter le pareció muy interesante y sus ojos se agrandaron, era como si estuviera al borde de un gran descubrimiento.

Tomó la calavera de las manos de Hut con mucho cuidado. La sostuvo, la miró e hizo mover las mandíbulas.

—Tiene una dentadura excepcional —observó con su hablar grave y desesperante, un hablar que a Melody la ponía excesivamente nerviosa. Sabía que al lado de aquel hombre no podría aguantar mucho tiempo porque sus nervios estallarían.

—Sí, tiene unos colmillos nada vulgares y conserva todas las piezas, lo que es muy raro en las calaveras. Es como si hubieran sujetado los dientes con algún pegamento moderno.

Melody no perdió detalle de las maniobras de Peter.

Este, con cuidado y una habilidad propia de un profesional, abrió la mandíbula de la calavera y le fue acoplando los moldes de cera que tenía dispuestos. Movió ligeramente la calavera hasta asentarla y luego dijo:

—Encaja a la perfección.

—¿No hay posibilidades de error? —preguntó Hut.

—No, pero sacaremos un molde.

—¿Ahora? —preguntó Melody.

Peter preparó una masa de arcilla moldeable. Con un pincel impregnado en un líquido aceitoso repasó toda la dentadura de la

calavera que con las mandíbulas abiertas ofrecía un aspecto de singular ferocidad.

Hizo morder a la calavera la masa de arcilla. Separó después la arcilla con sumo cuidado y aproximó el molde de cera que ya poseía y sobre el que había hecho la primera prueba. Los comparó y dijo:

—Son idénticos.

—Sí, eso parece —admitió Hut.

—Pero, ¿existe una completa seguridad? —insistió Melody.

—Estudiaré pieza por pieza hasta comprobar que no existe ningún fallo —dijo con su hablar desesperante.

—¿Y la policía? —preguntó Melody.

Hut miró la calavera que volvía a sus manos después de que Peter hubiera pasado un trapo limpio por la dentadura para que en ella no quedaran restos de arcilla.

—Cuando Peter me confirme con absoluta seguridad que se trata de esta calavera la que mordió a Elijah Asker, yo mismo la llevaré a la policía.

—¿Y qué vas a decir? Te llamarán loco.

—¿Por qué?

—Nadie creerá que esta calavera pueda morder y asesinar a un hombre. La calavera sólo son huesos y piezas dentales, no puede moverse por sí sola.

—Yo sólo diré que la calavera fue el arma del crimen.

—¿El arma del crimen? ¿Y cómo pudieron utilizarla para asesinar?

Hut respondió a la pregunta de Melody.

—Un hombre con fuerza podría emplearla, siempre contra otro ser débil o previamente debilitado por alguna droga. ¿Qué opinas tú, Peter?

—Ella mató al viejo —acusó, señalando con su dedo índice, a la calavera que ahora estaba en manos de Hut, mirando desde sus cuencas vacías al coleccionista de las reliquias de la Morgue.

CAPÍTULO XI

El rubio Luke encadenó su velomotor a un árbol y se enfrentó con el comercio que tenía un escaparate modesto en el que se exhibían unos códices antiguos, libros que se suponía eran copia de los auténticos.

Colgados sobre terciopelos rojos y negros había objetos que no parecían tener demasiado sentido, como llaves, amuletos de tallas afroamericanas, estatuillas y fetiches hechos con piedras semipreciosas para colgantes. Nada parecía llamar excesivamente la atención en aquel comercio y los viandantes pasaban de largo sin apenas detenerse.

Un móvil de maderas que producían un sonido inquietante de traqueteo se esparció por el establecimiento que si bien era estrecho resultaba muy profundo y oscuro.

El olor que allí se respiraba era una mezcla a humedad y a hierbas nada agradables. Luke, que no estaba acostumbrado, sintió una especie de ahogo, como si le faltara la respiración.

—¿Qué desea?

Se olvidó de que apenas podía respirar y se volvió bruscamente hacia los anaqueles que quedaban a su espalda.

Se abrió un pequeño armario colgante y asomó la cabeza de un hombre de lacios cabellos, rostro anguloso muy bien rasurado y una mirada de águila siniestra que asustó a Luke.

De aquel hombre sólo podía ver la cabeza, ya que se hallaba al otro lado de la pared y el armarito se había convertido en una pequeña ventana; el efecto era de que una cabeza parlante había surgido del interior de un armarito.

—Ah, yo, claro, bueno, pues... —tartamudeó Luke.

—¿Viene a buscar algo concreto o a curiosear? —inquirió aquella cabeza que continuaba dentro del armario.

—Venía, venía buscando una calavera, si no le molesta...

Por primera vez, aquel individuo esbozó una sonrisa que a Luke Hamilton siguió pareciéndole siniestra.

—Sí, tengo algunas. Camine hacia el fondo y vaya con cuidado de no derribar ningún objeto. Algunos son piezas originales muy valiosas.

El armarito volvió a cerrarse como si se tratara de un minúsculo escenario en el que sólo cupiera una cabeza humana.

Luke Hamilton avanzó entre los más diversos objetos, muchos de ellos de hierro. También los había de maderas exóticas, posiblemente tallados por hechiceros o brujos de lejanos países.

Lo que más abundaba, colgados de las paredes, fueran forjados, tallados e incluso naturales, eran cuernos, cuernos satánicos de las más diversas formas.

Los había para colocarlos en llaveros, como para llevarlos en el automóvil y gozar así de la protección de Satanás. Siempre que hubiera un accidente, que el perjudicado fuera el contrario...

Había cornamentas naturales de cabras, adornadas con piedras semipreciosas y anillos metálicos negros con diminutas máscaras satánicas clavadas.

Había estrafalarios incensarios; uno de ellos era una calavera de metal y el incienso debía salir por las cuencas de los ojos.

Luke Hamilton pudo ver ataúdes sin cruces, velas de distintos tamaños, anaqueles repletos de botes de cerámica grandes conteniendo hierbas y raíces secadas y trituradas.

—Acérquese, joven.

La presencia del propietario de aquel comercio de satanismo y brujería volvió a sorprenderle. Tenía la virtud o el defecto de aparecer por los lugares más insospechados.

A aquel rincón de la tienda no llegaba la luz de la calle y estaba iluminado débilmente por bombillas focales estratégicamente colocadas.

No había una luminosidad ambiental como podía suceder en unos grandes almacenes.

—Mire, en aquellas vitrinas están las calaveras.

Luke miró al hombre; le dio la impresión de que era un propietario de pompas fúnebres, pero más siniestro.

—Ah, sí, ya veo.

—¿Podría preguntarle para qué la quiere?

—Un grupo me ha encargado que busque una.

—¿Un grupo, de qué?

—Pues, de teatro.

—Ah, en ese caso, mire las de la vitrina inferior.

—¿Por qué las de la vitrina inferior?

—Ahora se lo explicaré.

Tomó una de ellas, se la mostró a Luke y a éste le pareció horrible.

El hombre la dejó caer al suelo. Luke retrocedió un paso y la calavera rebotó dos veces.

—Como verá, es irrompible.

—¿Sintética?

—Sí, aunque cualquiera al verla, juraría que es auténtica. Puede caer al suelo y no sucede nada y para un grupo teatral es lo mejor. Además, tiene un precio más aceptable.

—¿Las otras son auténticas?

—Sí, verdaderas calaveras humanas. Las tengo de diferentes antigüedades, dos de ellas son muy valiosas porque tienen cinco siglos.

—¿Y no se hacen polvo?

—Oh, no, están tratadas interiormente con una capa de pegamentos sintéticos. En fin, detalles técnicos que las hacen más conservables. Luego, tengo calaveras de distintas razas. La de la derecha es de un negro.

—¿Ah, sí? Pues a mí me parece igual.

—Pues no es lo mismo... Ni la frente, ni los pómulos ni la anchura facial. En fin, comprendo que para un ignorante...

—Hombre, gracias.

—No se moleste, pero es lógico que usted ignore detalles que para mí son ostensibles. De todos modos, los precios de las calaveras auténticas son más elevados como comprenderá. Pero con los muertos que hay a diario y los que hubo en la guerra...

—Eso es cierto, pero legalmente no se pueden tomar esas cabezas para ser vendidas; no obstante, el comercio de calaveras no es muy abundante.

Luke Hamilton miró con repugnancia los cráneos auténticos y pensó que no era digno poner a la venta restos humanos.

—Me conformo con una de plástico.

—Me lo imaginaba.

Luke Hamilton salió a la calle con la caja de cartón en la que llevaba la calavera y con ella se dirigió al *The Street*.

Estacionó el velomotor en el callejón y no tuvo que llamar la puerta de entrada de artistas del teatro; estaba sólo entornada y le bastó empujarla.

Cuando entró en el escenario, éste se hallaba iluminado débilmente. Sólo había encendida una bombilla que despedía luz amarillenta.

—Eh, ¿no hay nadie aquí?

Sólo le respondió el eco.

El joven Luke anduvo de un lado a otro del escenario escuchando el ruido de sus propios pasos.

—Está visto que no hay nadie. Me llevaré la otra calavera y dejaré ésta en su lugar.

Se dirigió a una de las estancias-almacén donde creía haber visto la calavera que le preocupaba y encendió la luz eléctrica.

Removió viejos trastos pertenecientes a distintas épocas para ser utilizados en las obras a representar.

Dio un manotazo a la pantalla de una lámpara de pie, derribándola, y entonces apareció la calavera.

—Ya te tengo —dijo, enfrentándose a ella.

No se percató de que la calavera era algo mayor de lo normal.

Había allí poca luz, muchos objetos diversos y suciedad a montones.

Tomó la calavera entre sus manos y le costó levantarla. La sacudió como si su base se hubiera pegado a alguna parte y, de pronto, pensó que pesaba poco, demasiado poco... Era una calavera de cartón engomado para cubrir una cabeza humana viviente.

Mas, no se entretuvo en aquellos pensamientos; lo que acababa de descubrir era demasiado horroroso.

Allí estaba la cabeza de su hermana Eleo.

Tenía los ojos abiertos, vidriosos. El terror estaba impreso en ellos.

Por su boca habían brotado regueros de sangre, sangre que ya estaba seca.

—¡Eleo, Eleo!

Eleo estaba metida en una gran caja de cartón, ropa vieja ocultaba el resto del cuerpo y sólo asomaba la cabeza, una cabeza que ya no podía pedir auxilio, una cabeza que ya no suplicaba piedad.

Luke arrojó lejos de sí la calavera de cartón. Se olvidó de la caja en que se hallaba la nueva calavera comprada y salió al corredor con la intención de telefonear de inmediato a Scotland Yard.

Más, al principio del pasillo descubrió algo que le heló la sangre en las venas.

La auténtica calavera se hallaba en lo alto de un sayal de monje y le miraba desde sus cuencas vacías.

Parecía reírse del joven afeminado y de largos cabellos rubios; era como si la calavera estuviera de antemano segura de su victoria.

Luke miró a un lado y a otro buscando un lugar por donde escapar. No se sentía con el valor suficiente como para enfrentarse al monje, a la calavera o no sabía qué cosa era aquélla que avanzaba lenta e inexorablemente hacia él.

—¡No te acerques, no te acerques! —chilló Luke fuera de sí.

Corrió a lo largo del pasillo.

No quiso entrar en ningún camerino, sabía que cada una de las estancias era una ratonera en sí misma puesto que no tenía ventanas por las que poder escapar.

Llegó a una pared en la que se hallaban clavados unos hierros formando peldaños de escalera en vertical y trepó por ella con intención de escapar al ser infernal que le perseguía.

Luke subió al entramado de vigas y correderas que servían para sostener los decorados del escenario. Ante él aparecían cables eléctricos, cuerdas con contrapesos, la plataforma de los operadores de montaje de decorados, pero la calavera le seguía como una serpiente podía perseguir a su presa.

Luke llegó al final de la plataforma adosada a la pared.

Viendo que no tenía escapatoria, salió de ella y anduvo por encima del entrecruzado de vigas correderas, cables, focos.

La luz era escasa. Luke iba poniendo un pie aquí, otro allá.

De súbito, sintió un fuerte calambrazo. Debía haber tocado con el tobillo algún cable por el que pasaba la electricidad. Dio un chillido y sus pies fallaron, pero su instinto de supervivencia le hizo cogerse con los brazos y hasta casi con los dientes a una de las vigas.

Sobre el sayal que le daba aspecto de poseer un cuerpo, la calavera avanzó por el entrecruzado de hierros, cuerdas, maderas, cables, y lo hizo como deslizándose sobre una pista de hielo.

De lo alto del oscuro techo descendió una soga y cuando Luke Hamilton quiso darse cuenta, aquella calavera, con unas manos que no llegaban a aparecer por las bocamangas del sayal, le puso el lazo corredizo en torno al cuello y se lo ciñó a la nuca.

—¡No, no, no! —suplicaba Luke Hamilton que tenía dificultades para sostenerse.

Sus pies pateaban en el aire mientras trataba de subir de nuevo su cuerpo a lo alto de la viga. Bajo él estaba el escenario, a más de veinticinco pies.

La calavera se fue inclinando más y más hacia él mientras abría las mandíbulas mostrando unos colmillos exageradamente grandes.

Luke Hamilton estaba aterrado, la palidez más absoluta se había apoderado de su rostro.

Tuvo la impresión de que la calavera hedía a podrido y cuando los colmillos comenzaron a rozar su piel, la fuerza escapó de sus manos.

—¡Aaaaaaaagh!

El grito duró muy poco; luego vino la terrible sacudida.

La cuerda quedó tensa y el cuerpo del joven comenzó a girar sobre sí mismo al extremo de la soga, cogido por el cuello.

Cualquiera que hubiese estado en el patio de butacas le habría visto aparecer en medio del escenario, quedando ahorcado, pero aquello no era una representación.

Luke Hamilton acababa de morir y seguía girando, girando... La cuerda se tensaba más y cuando dejó de girar en un sentido, empezó a, girar a la inversa.

Sus zapatos quedaron a cuatro o cinco pies del suelo, pero en la caída, la sacudida había sido tan brutal que la soga se le había clavado en el cuello, estando a punto de decapitarlo.

La sangre comenzó a manar, introduciéndose por el cuello de su jersey color beige.

CAPÍTULO XII

Tras serles efectuada una rigurosa autopsia, los hermanos Hamilton habrían de ser enterrados, el uno junto al otro.

Entre las pocas libras que se les encontraron encima más lo que lograron reunir sus amigos, habían evitado que fueran inhumados en la más completa indigencia.

—Lo mejor habría sido incinerarlos —opinó el gordo Charlton.

Benson gruñó:

—¿Crees que se van a odiar toda la eternidad?

—Está claro. Luke asesinó a su hermana y luego se ahorcó él. Ya sabéis cómo se ponía cuando se hablaba de su hermana.

—¿Por qué no tenéis un poco de piedad hacia ellos? —musitó Melody.

Prison llegó entonces. En su mano traía dos rosas casi negras. Puso una sobre cada ataúd y preguntó:

—¿Por qué rito se les entierra?

Todos se encogieron de hombros.

Hut se puso al lado de Melody y respondió:

—Ninguno de los dos era creyente. ¿Para qué ofrecer falsas apariencias?

—Nunca hubiera supuesto que Luke fuera capaz de asesinar a su hermana —se lamentó Prison—. Lo malo es que esto dará que hablar a los periódicos, aunque todavía no se sabe nada de lo importante que en el futuro será el *The Street.*

—¿Qué ha dicho la propietaria? —preguntó Melody.

—¿Respecto a las muertes?

—Sí.

—Pues le han disgustado, como es lógico. Se ha puesto enferma pero se le pasará, es una mujer muy sensible. Si os preguntan, será mejor que contéis que los hermanos Hamilton eran fanáticos del satanismo y de esas ceremonias sangrientas de magia negra.

Se hicieron más comentarios.

A Melody, la ceremonia le pareció muy deprimente.

En el utilitario de Hut fueron al cementerio siguiendo al furgón que llevaba los dos ataúdes.

A la salida, los compañeros acordaron volverse a encontrar de nuevo al cabo de dos días en el teatro donde Prison les había convocado.

Melody y Hut continuaron juntos.

—Ha sido una extraña y horrible tragedia —opinó Hut.

—Eleo murió lo mismo que Elijah Asker, el tío de la propietaria del teatro.

—Sí, utilizaron la calavera. No debí dejarla de nuevo en el teatro —se lamentó Hut—, era el arma del crimen. Ahora ha quedado probado por la propia policía.

—Tú no tienes la culpa. ¿Qué harán ahora con la calavera?

—Quedará a disposición del juez. Será un proceso muy rápido, declararán a Luke culpable de dos asesinatos y de suicidio.

—La verdad, no creo que fuera Luke.

—A mí también me cuesta creerlo —admitió Hut—. Pero Scotland Yard dice que Luke es culpable, le han clasificado como un pervertido sexual. La última calavera la compró él; hay un testigo, el hombre que se la vendió.

—Pero, ¿qué podía perseguir Luke asesinando a Elijah Asker y luego a su hermana?

—Quién sabe. Ahora dirán que Eleo era la amante de Elijah y que Luke los castigó a los dos por una extraña locura enfermiza.

—Todo eso es absurdo —opinó Melody.

—Los psiquiatras judiciales encontrarán oscuros móviles, pero yo no creo que haya sido Luke.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No, me hubieran hecho demasiadas preguntas.

Hut la tomó del brazo y ambos entraron en el pub.

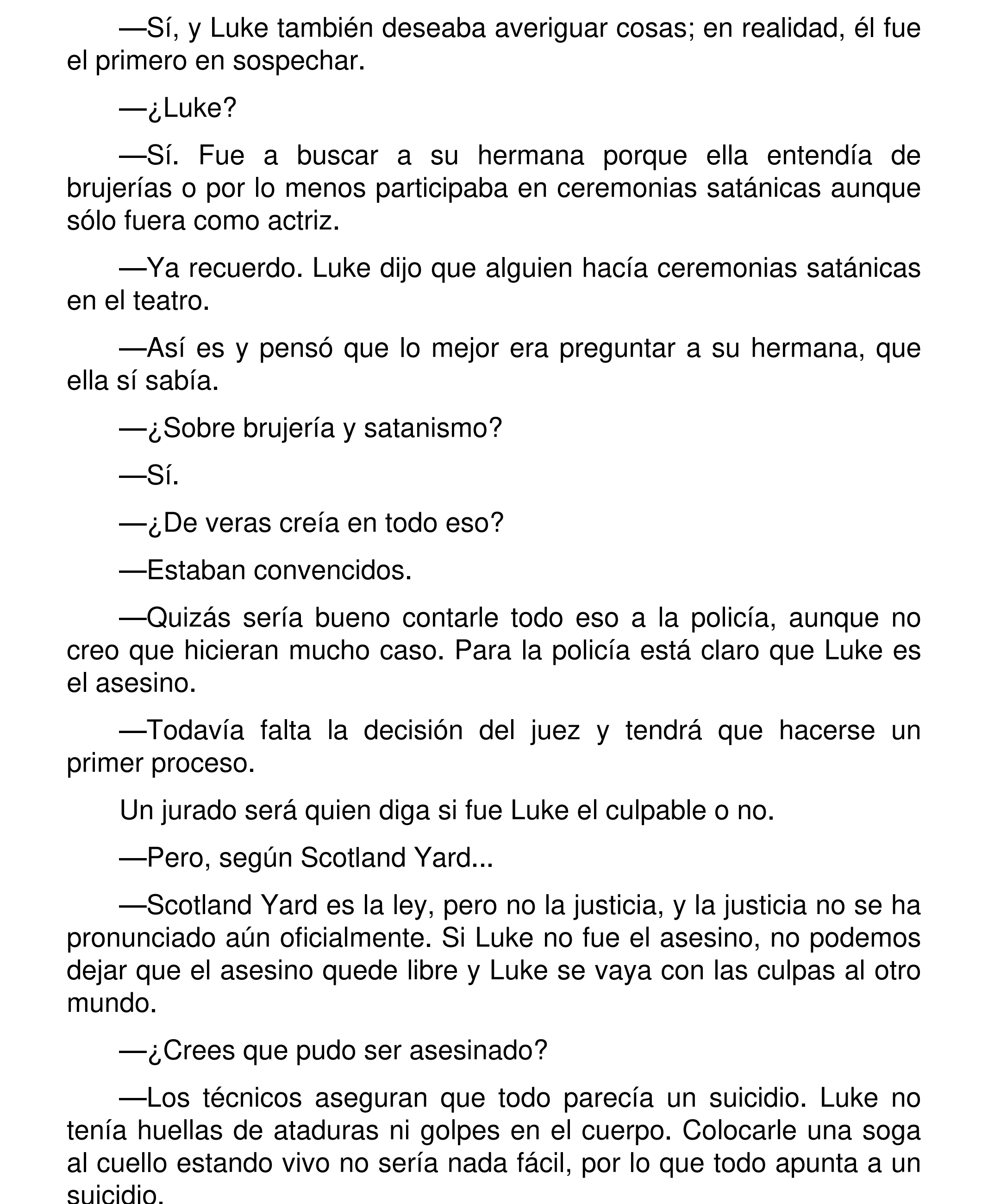
Cuando se hubieron acomodado ante una mesa, Melody explicó:

—Eleo estaba sobre la pista.

—¿Qué pista? —preguntó Hut.

—Investigaba lo mismo que tú.

—¿Sobre la muerte de Elijah Asker?



—Sí, y Luke también deseaba averiguar cosas; en realidad, él fue el primero en sospechar.

—¿Luke?

—Sí. Fue a buscar a su hermana porque ella entendía de brujerías o por lo menos participaba en ceremonias satánicas aunque sólo fuera como actriz.

—Ya recuerdo. Luke dijo que alguien hacía ceremonias satánicas en el teatro.

—Así es y pensó que lo mejor era preguntar a su hermana, que ella sí sabía.

—¿Sobre brujería y satanismo?

—Sí.

—¿De veras creía en todo eso?

—Estaban convencidos.

—Quizás sería bueno contarle todo eso a la policía, aunque no creo que hicieran mucho caso. Para la policía está claro que Luke es el asesino.

—Todavía falta la decisión del juez y tendrá que hacerse un primer proceso.

Un jurado será quien diga si fue Luke el culpable o no.

—Pero, según Scotland Yard...

—Scotland Yard es la ley, pero no la justicia, y la justicia no se ha pronunciado aún oficialmente. Si Luke no fue el asesino, no podemos dejar que el asesino quede libre y Luke se vaya con las culpas al otro mundo.

—¿Crees que pudo ser asesinado?

—Los técnicos aseguran que todo parecía un suicidio. Luke no tenía huellas de ataduras ni golpes en el cuerpo. Colocarle una soga al cuello estando vivo no sería nada fácil, por lo que todo apunta a un suicidio.

—Pudo ser asesinato, quizás él averiguó demasiado.

—Y aunque fuera suicidio, no tenía por qué ser culpable también de los asesinatos.

—Eleo me contó algunas cosas; yo no quise hacer caso, pensé que estaba loca.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes que estaba influida por esos lugares que frecuentaba. Ella decía que se reía de todos los que practicaban el satanismo, pero de tanto ir allá y tomar drogas, algo debía de quedarle en la mente y Luke creía más en todo eso que la propia Eleo.

—Pero, ¿qué te dijo?

—Luke sospechaba que la calavera tenía mucho que ver.

—Ya.

—Estoy angustiada. Hut.

—Lo comprendo, pero si sabes algo, mejor será que lo digas.

—Sí, claro.

—Desde la muerte de Eleo y Luke, las cosas han cambiado.

—El que tenía las sospechas más profundas era Luke, pero ella sabía más y le ayudaba a investigar. En realidad vino al teatro porque Luke se lo pidió y eso le ha costado la vida.

—¿Qué es lo que hay en el teatro?

—Brujería, satanismo, conjuros infernales, vudú, no lo sé, yo no entiendo nada de todo eso.

—¿Qué te dijeron ellos?

—Luke sospechaba de alguien pero no quería decirlo. Eleo me pidió que le ayudara a buscar algo.

—¿El qué?

—Los archivos.

—¿Y encontrasteis lo que ella buscaba?

—Sí.

—¿Y?

—Hubo otro Prison.

—¿Te refieres a Constantine Prison?

—Sí, hubo otro. Eleo dijo que averiguaría qué parentesco tenía con el Prison que nos da clase.

—¿Y te lo dijo?

—No, la mataron antes.

—Pero ese otro Prison, ¿qué hacía en el teatro?

—Era director también.

—Sí que es una coincidencia.

—Parece ser que era un asesino peligroso, un malvado o un loco.

—¿Eso está por escrito?

—Sí. Prison murió ahorcado en el escenario del teatro.

—¿Como Luke?

—Qué coincidencia más trágica.

—Sí, pero Luke no había asesinado a varias muchachas como por lo visto sí hizo el tal Prison hace noventa años, casi un siglo.

—¿Fue suicidio?

—No, fue una especie de tribunal popular.

—Comprendo, como un linchamiento. En el siglo pasado, eso no era raro pese a la severa justicia que tenía Inglaterra.

—Constantine Prison tiene que ser el sucesor de aquel hombre malvado que fue ahorcado en el teatro.

—El que un ancestro tuyo haya sido un asesino no te culpabiliza a ti de sus delitos, ni siquiera de su maldad.

—Eso dije yo, pero...

—¿Cuál es el pero?

—Luke tenía una sospecha. Su hermana trataba de ayudarle a seguir adelante y averiguó lo de Prison, pero había más.

—¿Qué más?

—Luke creía que la calavera asesina perteneció al primer Prison.

—¿Seguro?

—No es seguro, pero lo sospechaban y querían comprobarlo. Luke creía que Prison utilizaba la calavera para sus conjuros.

—Eso explicaría el que Luke comprara otra calavera.

—No entiendo.

—Sí, pudo ocurrírsele la idea de cambiar una calavera artificial por otra real para romper los supuestos maleficios.

—Sí, ésa sería una explicación, pero, ¿la creería el juez?

—No lo sé, pero Prison no tiene ahora su calavera, suponiendo siempre que las sospechas de Luke y su hermana tuvieran algo de cierto.

—Entonces, ¿tú crees que el asesino puede ser Constantine Prison?

—Por lo que me cuentas, no me dejas otra elección. Es posible que Luke y Eleo descubrieran algo importante y el verdadero asesino se vio obligado a matarlos para garantizarse su silencio.

—Sería horrible...

—Yo entiendo que él cometiera estupideces. Es un hombre loco de ambición por el éxito, quizás llegó a hacer conjuros con la calavera de su ancestro.

Melody observó:

—Él se benefició con la muerte de Elijah Asker.

—Sí, pero era demasiado arriesgado confiar en que la propietaria del teatro, la heredera, hiciera caso de sus sueños de grandeza.

—Se me ocurre una idea, Hut.

—¿Cuál?

CAPÍTULO XIII

Deborah Asker les recibió con visible recelo en su nueva mansión.

El mayordomo Alfred ya había desaparecido. En el jardín, un vigilante cuidaba de unos feroces doberman.

—¿Qué deseáis? —preguntó, atendiéndoles en la salita.

—Sólo hablar con usted unos minutos, gracias por habernos recibido —le dijo Melody tratando de suavizar la posible tensión.

—Yo ya no me ocupo de nada del teatro.

—Sabemos que es Prison quien lleva la dirección.

—Así es, y va a renovar *The Street*.

—¿Y usted está de acuerdo con esa remodelación? —preguntó Hut directamente.

—Naturalmente, de lo contrario no aportada el dinero.

—El dinero de una herencia —le observó Hut.

—¿Qué quiere decir, joven?

—Usted ha cambiado, señora Asker. Yo la conocí antes de la muerte de su tío Elijah y ha cambiado mucho.

Efectivamente, Deborah Asker no parecía la misma. Estaba más elegante, más hermosa y rejuvenecida. Medio sonrió.

—¿Es que no puedo cambiar?

—Sí, claro que sí, y me imagino que la influencia ha sido de Constantine Prison.

—¿Habéis venido a interrogarme?

—No, señora Asker, no se preocupe, todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? No entiendo.

—Verá, señora Asker, es que tenemos ciertas sospechas sobre las muertes de nuestros compañeros y amigos Luke Hamilton y su hermana Eleonor.

—No quiero hablar de ese tema, me deprime. Es Scotland Yard quien debe llevar ese asunto.

—Naturalmente, señora Asker —prosiguió Hut dispuesto a no dejarse vencer—. ¿Le había hablado Prison antes de la muerte de su tío Elijah y de las posibilidades de renovación del teatro?

—Me estás preguntando cosas muy reservadas y no pienso responderlas.

—Señora Asker, tengo motivos para temer que Prison no es tan honorable como usted supone.

—Yo confío plenamente en él.

—¿Y si Prison fuera el asesino de Elijah Asker? —preguntó de pronto Hut.

—Eso es imposible.

—¿Sabía usted que Prison practica la magia negra?

—No es cierto.

Melody comprendió que aquella mujer defendería a Prison hasta las últimas consecuencias. Poniendo en marcha su intuición femenina, preguntó:

—¿Está enamorada de Prison, señora Asker?

—¿Cómo?

—Que si está enamorada de Prison —repitió,

—Prison es mi marido —dijo, irguiéndose en la butaca.

Hut y Melody se miraron sorprendidos.

—¿No bromea, señora Asker? —insistió Hut.

—No, no bromeo. Prison y yo estamos casados.

—Nadie sabía nada —observó Melody.

—No teníamos por qué divulgarlo, es un asunto privado, pero como le habéis estado acusando, me he visto obligada a decirlo.

—Señora Asker, ¿su matrimonio fue antes o después de la muerte de su tío Elijah? —le preguntó Hut.

—No voy a contestar a nada más.

—Por favor, señora Asker, respóndame. Si tiene que responder a los interrogatorios de Scotland Yard será mucho peor —le advirtió Hut.

—¿Me estás amenazando?

—Señora Asker, imagínese por un momento que acusaran a Prison de la muerte de su tío Elijah Asker. ¿Cómo cree que la verían a usted? Posiblemente como cómplice del crimen y un jurado podría llevarla a la cárcel por muchos años.

—No voy a tolerar que se vuelva a acusar otra vez a Prison en esta casa.

¿Comprendido?

Hut se levantó de su asiento para encararse con aquella mujer.

—Señora Asker, ¿se da cuenta de que si usted muere, Prison podría heredar toda su fortuna, según cómo hayan redactado el

contrato matrimonial?

—¿Me está diciendo que Prison podría asesinarme?

—Sí, usted puede ser su próxima víctima. Ahora ya no me cabe duda de que es él. De lo que no estoy seguro es de si utiliza sus propias manos o la magia negra para matar.

—¡No quiero oíros más, no quiero oíros! ¡Fuera, fuera de mi casa!

Hut y Melody fueron materialmente expulsados de la mansión Asker, hasta los perros les ladraron.

Subieron al utilitario y Melody musitó:

—Ahora le dirá a Prison que nosotros sabemos lo de su matrimonio.

—Sí, y quizás se moleste porque él lo llevaba en secreto. La señora Asker se ha exaltado y se ha ido de la lengua.

—¿Qué crees que hará ahora Prison?

—No lo sé. De todos modos, no podemos acusarle de nada, carecemos de pruebas.

—Pero ahora hay un móvil. ¿Y si Scotland Yard lo conociera?

—No iremos a Scotland Yard hasta tener más pruebas.

—¿Crees que podremos encontrarlas?

—Como tú has dicho, tiene un móvil para matar, es decir, lo tenía. Elijah Asker murió y dejó heredera a la señora Asker, que era lo mismo que poner la fortuna Asker en manos de Prison.

—Si dijéramos eso a Scotland Yard investigaría más, ¿verdad?

—Sí. De todos modos, no estaremos callados cuando se inicie el proceso en el que se sentencie que Luke fue culpable o no.

—Si Prison se queda quieto y no hace nada, quizás nunca se le pueda acusar de estos crímenes.

Marcharon con el automóvil hacia el centro de la *city*.

Hut hablaba pero se mostraba pensativo.

—Habría que ofrecerle a Prison otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad, para qué?

—Para asesinar.

—¿Estás loco? —brincó Melody.

—Si Luke no se suicidó, si Luke fue una víctima más de la mente

diabólica que practica la magia negra dentro del propio teatro, el asesino estará acostumbrado a matar. Y la costumbre crea hábito y hace tomar menos precauciones.

—Prison es demasiado inteligente y si es el asesino, no caerá en ninguna trampa.

—Le conozco bien, sé que es inteligente, pero hay que pensar algo. Si es el asesino, no podemos dejarle escapar.

—No saldrá bien, Hut, no saldrá bien.

—¿Por qué no? Sólo se trata de escoger a la víctima.

—¿Qué víctima?

—La próxima víctima de Prison. Lo que no sé es si será mejor ofrecerle en el altar de los sacrificios a la señora Asker o a ti.

—¿A mí? —inquirió espantada cuando apareció una luz roja frente a ellos y Hut tuvo que pisar el freno a fondo, haciendo chirriar los neumáticos.

CAPÍTULO XIV

Algo nerviosa, Deborah Asker exigió a su doncella Nancy:

—Quiero más leña en la chimenea.

—Estaba encendiendo la de la habitación, señora.

—Quiero todas las chimeneas encendidas. Me gusta el calor de hogar, que el ambiente esté caldeado y esta casa es tan grande y tan fría, tan húmeda.

—Pondré leños en la chimenea ahora mismo, señora.

Deborah, que anteriormente jamás había bebido en exceso, ahora tenía la botella de *scotch* cerca. Parecía que la herencia tenía que

haberle traído la felicidad y no era así.

Puso whisky en un vaso y bebió la mitad del contenido mientras Nancy regresaba cargada de leña. Observó cómo colocaba los troncos y éstos prendieron con facilidad, pues los rescoldos tenían viveza.

—Pon más leña, Nancy.

—Señora, si siempre ponemos tres leños...

—Quiero más —exigió nerviosa, llevándose el whisky a la boca para hacer resbalar por su garganta la ardiente bebida.

Nancy desapareció y al poco regresó con cara de disgusto y cargada con otros dos leños que puso dentro de la chimenea que así se veía muy cargada.

Las llamas comenzaron a apoderarse de los troncos.

Como hipnotizada una vez más, Deborah Asker fijó sus ojos en las lenguas de fuego y se estremeció, aunque era difícil saber si el calor era debido al whisky ingerido o al fuego.

—¿Qué te ocurre, querida?

Deborah le lanzó una mirada rápida, como de malhumor, y volvió sus ojos hacia la chimenea.

—Ah, estás aquí.

—¿Qué te sucede?

—Nada, no me preguntes.

—Vamos, vamos —le dijo Constantine Prison.

—No me gusta nada de lo que está pasando.

—A nadie le gustan ciertos sucesos, querida.

—Tengo una fortuna, soy la dueña de la mansión Asker, lo que ni siquiera mis padres llegaron a soñar, pero...

—Olvidarás todo lo sucedido y luego vendrá el esplendor. Ya te he convertido en una mujer hermosa. Saldrás en las revistas, te harán muchas entrevistas. Cuando *The Street* sea abierto de nuevo, aparecerás en televisión.

Tienes un magnífico futuro, un futuro que las demás mujeres envidiarán, es un sueño.

—Yo no creo que ese muchacho afeminado fuera el asesino.

—¿No, y quién crees que ha sido?

—Tú.

Prison permaneció unos instantes callado y luego se echó a reír. Era una carcajada lenta, sarcástica.

—Las mujeres sois muy fantasiosas. En realidad os gusta el mal aunque no lo confeséis abiertamente.

Deborah Asker seguía rehuyendo los ojos de Constantine Prison, le daba la espalda, sólo hacía que mirar el fuego.

—Nuestro matrimonio ya no es un secreto.

—¿Ah, no? —Prison dejó de reír.

—No, no lo es.

—¿A quién se lo has dicho?

—No tiene importancia, se lo he dicho a unos muchachos, pero lo que no me ha gustado ha sido lo del juez.

—¿Lo del juez, qué juez?

—¿Qué juez va a ser?

Se revolvió y se acercó a un mueble-estantería con puertas bajas. Lo abrió y sacó una calavera que cogió en su mano, agitándola en el aire.

—Me ha traído esto y yo no lo soporto. Me ha dicho que como el teatro es mío, me pertenece y sé que todo esto es obra tuya.

—¿La calavera? ¡Dámela!

—No.

—¡Dámela! —exigió contundente.

Ella se acercó a la chimenea con la calavera colgada de su mano, cogida por la mandíbula.

—¡Deborah, obedéceme, soy tu dueño, tu dueño!

—No.

—¡Te lo ordeno! —rugió.

Ella arrojó bruscamente la calavera al fuego ante la rabia de Constantine Prison. Este, de la rabia pasó a una terrible excitación nerviosa.

Deborah se apartó de la chimenea y él se arrojó hacia el fuego con las manos, intentando atrapar la calavera que se inflamó rápidamente.

—¡No, no! —rugía babeante.

Deborah se había apartado a un lado y le observaba riéndose de él por primera vez, sintiéndose fuerte.

—¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Prison se quemó las manos.

Consiguió apartar la calavera que se había derretido y mirándola repetía:

—No es posible, no es posible...

—Claro que no es posible. Esa era de plástico, la que compró ese pobre muchacho afeminado. La que tú quieres no es ésa. Te he engañado, Constantine, te he engañado.

—Zorra, zorra —silabeó con voz oscura, llena de aire, cargada de odio mientras movía sus dedos que se habían quemado, pero su odio era superior al dolor que pudiera sentir.

—¿Dónde está la otra, dónde está la auténtica?

—En casa, pero no te diré dónde.

Bruscamente, Constantine Prison lanzó un grito que heló la sangre en las venas de Deborah Asker, convirtiéndola casi en una estatua, incapaz de moverse.

—¡Freeeeed, yo, Constantine, tu descendiente, tu siervo, tu esclavo, te suplico, te conjuro para que vengas en mi ayuda! ¡Ven, Freeeeeed, veeeeen!

Sus gritos sibilantes, invocadores de fuerzas satánicas, se expandieron por toda la mansión.

Las luces parpadearon, la corriente eléctrica fluctuó. Parecía la psicodelia de una noche tormentosa mientras, afuera, el cielo se hallaba despejado y brillaba una gran luna llena gélida mientras las gotas de agua se helaban sobre las puntas y se formaban carámbanos en las fuentes.

La puerta de hoja doble de uno de los muebles que había en la sala se abrió violentamente, como si dentro del armario acabara de estallar un explosivo.

Los ojos de ambos se volvieron hacia aquel lugar y el pánico dejó muda a Deborah Asker. Hubiera querido desmayarse para así no ver nada.

La calavera, como poseedora de vida propia, surgió del armario. Venciendo a toda ley de gravedad y de lógica, burlándose de la

ciencia y de la razón, se elevó en el aire. Semejaba ver desde sus cuencas vacías. Batió sus mandíbulas, sus terroríficas mandíbulas dotadas de una fuerza sobrehumana.

—Si tú mueres, yo seré el dueño de todo porque existe un contrato matrimonial por el que yo quedaré heredero tuyo, un contrato que tú firmaste el día de nuestra boda.

—¡No, no es cierto! —replicó ella, viendo su muerte muy próxima.

—Sí, sí, ya lo creo que sí.

—Yo no recuerdo haber firmado nada.

—Estabas hipnotizada, es cierto, pero nadie podrá demostrarlo.

—¡Lo descubrirán, lo descubrirán!

—No, no descubrirán nada. Mira esa calavera que flota en el aire, mírala bien.

Deborah obedeció temerosa, incapaz aún de mover sus pies o sus manos que pendían inertes a lo largo del cuerpo.

—Fue el padre de mi padre, un ser perverso que invocó a las fuerzas del averno y obtuvo sus favores, pero todo no le salió bien. Mató a varias mujeres con sus poderosas mandíbulas, gozaba despedazándolas a dentelladas, comiendo de sus carnes, hasta que fue descubierto y ahorcado en el *The Street*. Mi padre, mi propio padre que era un niño alejado de aquel lugar, buscó la calavera de Frederick J. Prison, la desenterró, la limpió con esmero, la restauró y la llevó al teatro cambiándola por la que se utilizaba para representar la obra de Hamlet.

Yo conseguí invocarle, hacerle venir del más allá, ponerlo a mis órdenes.

—Eres diabólico, diabólico, pero déjame vivir, déjame vivir.

—No, Deborah, sabes demasiado.

—Si me matas ahora, te culparán a ti, sabrán que no fue ese muchacho...

—No te preocupes, prepararé mi coartada —le dijo Prison—. Ahora, mírame.

—¡No!

—Mírame o haré que la calavera se lance sobre tu cuello como hizo con tu tío Elijah. Yo se lo supliqué y ella obedeció.

—¡Ya es suficiente, Prison! —exclamó el inspector de Scotland

Yard, apareciendo acompañado de Hut y Melody.

Los ojos de Prison se agrandaron por la sorpresa. Luego, rugió:

—¡Maldita seas, todo ha sido una trampa! ¡Fred, mátala!

La calavera se lanzó contra el cuello de Deborah, la cual no acertó ni a moverse. La sangre llenó su cuerpo.

El inspector corrió hacia Prison apuntándole con la pistola.

—¡Detenga esa monstruosidad! —le chilló.

Hut, con sus manos, arrancó la calavera maldita y la arrojó a! suelo, pero antes de que llegara a tocarlo, volvió a elevarse y a atacar a Deborah que ya se derrumbaba empapada en sangre.

Rápidamente, Hut cogió las grandes pinzas de la chimenea cuyas puntas estaban arqueadas para poder coger troncos con ellas y atenazó la calavera apartándola de su presa mientras el inspector trataba de dominar a Prison que reía estentóreamente.

Con la calavera atenazada, venciendo su poder con dificultad, pues las pinzas se inclinaban pese a la fuerza que ejercía sobre ellas para dominarlas, Hut consiguió poner la calavera sobre el fuego de la chimenea.

La calavera trató de brincar sobre los leños, pero Hut la retuvo allí, sujetándola con las largas pinzas de hierro.

Constantine trató de abalanzarse sobre la chimenea, pero la pistola del inspector Oliverson se apoyó sobre su pecho.

—¡Quieto!

Prison empujó violentamente al inspector, derribándolo para poder así atacar a Hut y liberar a la calavera de las pinzas para que no se quemara.

El inspector disparó su arma contra una de las rodillas de Prison, alcanzándole con precisión.

Prison se derrumbó, pero, a rastras, trató de llegar hasta la chimenea mientras Melody no sabía qué hacer con Deborah Asker que agonizaba con el cuello deshecho a dentelladas.

La calavera, sujeta por las pinzas, se estremeció. Se oyeron unos siniestros crujidos y se rompió en aquel momento.

—¡Dios mío! —gimió Melody.

El inspector miró con ojos atónitos.

La cabeza de Constantine Prison comenzó a inflamarse sin haber

llegado siquiera al fuego.

Era como si al quemarse una calavera, se quemara la otra también, como si ambas fueran una sola y única cosa, como si los conjuros hubieran condicionado el mismo tiempo de vida.

Prison comenzó a chillar mientras su cabeza se consumía, devorada por el fuego, se ennegrecía y crujía, un humo espeso escapaba de ella.

Hut soltó las pinzas mientras la calavera de Frederick John Prison se consumía, ya convertida en pedazos.

—Esto es horrible —musitó el inspector de Scotland Yard mirando a Constantine que se consumía, llenando la sala de humo denso y apestoso.

—Será mejor que no cuente la verdad, inspector —le recomendó Hut—.

Será mejor que en el informe diga que Prison, después de asesinar a su esposa, se arrojó contra el fuego de la chimenea y allí se quemó la cabeza.

—Sí, será lo más prudente. Otra explicación nadie la iba a creer y yo perdería toda mi credibilidad. Espero que ustedes juren también lo mismo, es mejor que la verdad no trascienda nunca.

Poco más tarde, Hut y Melody salían de la casa. La luna llena semejaba titilar en el cielo del gran Londres.

—¿Volveremos al *The Street*? —inquirió Melody.

—No —respondió Hut—. Aquel lugar está maldito.

Se alejaron caminando despacio mientras se podía oír el ulular de las sirenas cercándose a la mansión Asker.

FIN